

A woman with dark, wavy hair and light-colored eyes is the central figure. She is wearing a light-colored, possibly cream or pale pink, historical-style dress with a high, ruffled collar and long, puffed sleeves. The dress is adorned with intricate lace and gold-colored embroidery. She is standing in a garden, surrounded by lush green foliage and numerous light-colored flowers, likely roses. The background is softly blurred, showing more of the garden and a hint of a wooden structure. The overall lighting is warm and natural, suggesting a sunny day.

Amanda Brady

*La obligación
de una
dama*

LA OBLIGACIÓN DE UNA DAMA

LA OBLIGACIÓN DE UNA DAMA
AMANDA BRADY

© 2024, Amanda Brady

ISBN: 9798305552928

Correcciones: Mar Mena

Diseño de cubierta: Yolanda Pallás

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Con todo mi cariño para ti.

«La disposición a aceptar la responsabilidad de nuestra propia vida,
es el origen de donde surge el autorespeto.»
Joan Didion

LA OBLIGACIÓN DE UNA DAMA

Londres, 1815.

No podía ser cierto. Isabella Ashworth parpadeó asombrada ante lo que acababa de escuchar. Las palabras secas y concisas que había articulado su madre segundos antes le retumbaban en la cabeza. Era un sordo eco que repetía de manera continua la contundente e inesperada noticia: «Lo hemos perdido todo».

La vista se le nublaba al mirar a sus padres, sentados impertérritos frente a ella. Respirar se le hacía cada vez más difícil. ¿Qué significaba eso? ¿No habría nueva temporada en Londres? ¿Tendrían que vivir de la caridad de algún pariente lejano? ¿Qué clase de futuro se cernía para la familia?

El parloteo de sus padres al que apenas podía prestar atención, el asentimiento resignado de sus hermanas menores... En un momento se quedó sola, sentada donde estaba, en el salón de su casa de campo, con el té enfriándose en su taza de delicada porcelana Wedgwood.

—Isabella, vamos —le alentó su hermana Danielle quitándole sin ninguna resistencia la taza de té de las manos—. Hay que recogerlo todo.

Isabelle la miró aturdida antes de que ella tirara de su brazo para obligarla a levantarse. Apenas pudo enfocar la vista para hacerlo y soltarse de su brazo con un movimiento brusco.

—¡No! —exclamó furiosa incapaz de moverse—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué va a ser de nosotras?

Al escucharla, las otras dos hermanas se giraron sobre sus pasos para mirar preocupadas a la mayor de ellas.

—Solo tenemos que darnos prisa —le recordó Danielle con su voz dulce, a su lado.

—¿Para qué? ¿No habéis escuchado a nuestros padres? Lo hemos perdido todo.

Charlotte y Sophie llegaron hasta ellas.

—No te quejes. Soy yo la que tiene que irse con la vieja tía Dorothy —la acusó Sophie con sus oscuros ojos brillando de rabia.

Isabella la miró incrédula. Charlotte, altanera, la encaró con los brazos en jarras.

—Tienes que recoger tus cosas. ¿No has oído a mamá?

Isabella negó con la cabeza.

—Nos vamos a Londres —le recordó Danielle.

—Yo no —refunfuñó Sophie furiosa cruzándose de brazos.

—No es tan mala solución —la animó Danielle—. La tía Dorothy te proveerá de todo lo que necesites. Las habladurías sobre nuestra situación financiera tardarán más en llegar a Durham. Quizá cuando eso ocurra tú también hayas encontrado esposo.

—¿Esposo? ¿En Durham? Acabaré con un mozo de cuerdas escocés y rebelde y eso sí que dará que hablar y no nuestra precaria situación económica.

Las tres hermanas la miraron horrorizadas.

—No me miréis así y daos prisa —las apremió Sophie—. Os recuerdo que el tiempo va en nuestra contra.

Sophie y Danielle caminaron hasta la puerta. Isabella, incapaz de dar un paso por el

temblor de sus piernas, miró a Charlotte, su hermana un año menor, que parecía esperarla impaciente.

—¿Vamos juntas a Londres?

—¿En qué estabas pensando mientras nuestros padres hablaban? —le preguntó Charlotte, tirando de su brazo.

—Creo que dejé de escuchar cuando dijeron que lo habían perdido todo. ¿Todo? —se detuvo aún conmovida.

Charlotte asintió incitándola a caminar junto a ella a paso ligero.

—Nos vamos a Londres. Debemos encontrar esposo antes de que se descubra que estamos en la ruina.

—Pero...

—Este año no podrás limitarte a mirar por encima del hombro a todos los caballeros que te cortejen. Este año tendrás que contraer matrimonio y espero que lo hagas pronto porque a tu lado, nadie se fijará en mí —le recordó mientras alcanzaban a sus hermanas en mitad de las escaleras.

Isabella se detuvo molesta. ¿De qué la estaba acusando?

—No es justo que me digas eso.

Las tres hermanas se giraron para mirarla. Charlotte bajó hasta ella con los brazos en jarras.

—Si no hubieras estado tan ocupada las dos temporadas anteriores rechazando pretendientes, Danielle y yo, quizá ya estaríamos casadas. Danielle ya no puede presentarse, pero para mí aún hay alguna posibilidad —le señaló Charlotte enfadada—. En este momento, te corresponde a ti, como primogénita, encontrar un esposo acaudalado, un marqués o un duque, que nos saque de este pozo. Eres muy bonita. Te será fácil. Y debes hacerlo rápido, para que a mí también me dé tiempo de encontrar alguien antes de que corra la voz por todo Londres.

—¿De qué os quejáis? —gruñó Sophie desde lo alto de las escaleras—. Os recuerdo que yo salgo de viaje mañana. Espero que ambas encontréis esposo pronto para que pueda regresar cuanto antes.

—Allí también podrás encontrar un buen hombre para ti, Sophie —le aseguró Danielle.

Isabella la miró extrañada.

—¿Y tú, Danielle? ¿Qué va a ser de ti?

Charlotte resopló volviendo a subir las escaleras.

—¿De verdad no has escuchado nada de lo que se ha hablado en el salón?

Isabella negó con la cabeza alcanzándolas.

—No te preocupes por mí —la alivió Danielle tirando de su brazo para que aligerara el paso—. Es el destino de muchas mujeres. No me importa. Ingresaré en el convento.

Isabella parpadeó desconcertada.

—No puedes hacer eso —le pidió sujetándola por el brazo que la animaba a apresurarse hasta su dormitorio.

Danielle se detuvo para mirarla con cierta calma.

—Estaré bien. No puedo competir en belleza con vosotras en los salones de Londres. No podemos presentarnos en sociedad las tres a la vez y sabes que nunca me ha atraído ese estilo de vida. Prefiero una vida tranquila. Nuestros padres consideran que es la mejor opción. No voy a negarme.

—Niñas, ¿aún estáis ahí? —preguntó Elinor Ashworth saliendo de su dormitorio al final del pasillo y llegando hasta Isabella—. Estamos en tus manos, Isabella. Debes escoger un

hombre rico que nos ofrezca una buena suma de dinero por ti...

—Madre, por favor, no soy algo con lo que se pueda comercializar.

—Este año sí, Isabella. Si hubieras encontrado esposo las temporadas anteriores en lugar de permitirte el lujo de desechar pretendientes, no estaríamos en esta situación.

Charlotte, orgullosa de tener razón, carraspeó tras ellas consiguiendo que su madre la mirara con el ceño fruncido.

Isabella miró a su hermana, altiva. No podía cambiar el pasado. No había tenido ninguna prisa por contraer matrimonio. Tenían razón. No había sentido nada por ninguno de los pretendientes que se habían presentado ante ella, ninguna curiosidad, ningún deseo de conocerlos, ni mucho menos atracción física. Había escuchado hasta la saciedad que el amor llegaría con el tiempo, pero no le había parecido suficiente motivo para elegir entre los que había conocido. Había decidido esperar. Ya era tarde.

—¿Por qué seguís ahí paradas? Preparad el equipaje ya mismo —les ordenó Elinor con la mirada crispada mirando fijamente a su hija mayor.

—La situación es acuciante, Isabella. Debes salvar a tu familia de la ruina y de ser el hazmerreír de por vida en todo Londres. Eres nuestra única posibilidad.

—Pero esa responsabilidad no debería ser mía —se justificó Isabella, sintiendo cómo la rabia la invadía—. Vosotros...

—Bien sabe Dios que tu padre ha hecho todo lo posible por solventar la situación, pero el pobre no ha tenido suerte últimamente.

¿A quién quería engañar su madre? No era tan tonta como para adivinar dónde había perdido su padre toda la fortuna de la familia.

—¿En los negocios o en las apuestas?

No se la esperaba y no la vio llegar. La sonora bofetada que recibió en su mejilla sorprendió a Isabella y la hizo callar. No recordaba que jamás la hubieran abofeteado.

—No seas insolente. Es tu padre y le debes respeto. Te ha alimentado, cuidado y vestido hasta ahora. Solo le vas a devolver el favor. Te casarás con el primer hombre rico que pida tu mano y sacarás a esta familia de la ruina. ¿Te ha quedado claro?

Isabella asintió en silencio, aturdida, con la mano cubriendo el escozor del golpe recibido. Caminó hacia su dormitorio ante la atenta mirada de su madre y de sus hermanas que habían sido incapaces de moverse y estaban tan sorprendidas como ella.

—¿Aún te molesta irte con la tía Dorothy? —le preguntó Charlotte con ironía a la más pequeña.

Sophie, con el ceño fruncido, le mantuvo la mirada en silencio. Isabella, humillada, se abrió paso entre ellas para llegar a su dormitorio.

—Vamos, niñas —las apremió la madre—. Esto es algo muy serio. Recoged todo lo que podáis además de los vestidos. Esta casa quedará cerrada hasta que el nuevo administrador la ocupe y no sabemos si nos permitirá regresar a por nuestras pertenencias. Sophie no resoples, no es propio de una dama —le recordó a la más joven que había abierto la boca para volver a quejarse—. Y tú, Charlotte, espero que te comportes y dejes a un lado tu soberbia. Serás la siguiente en contraer matrimonio y ningún caballero querrá a su lado una mujer tan insolente.

Las cuatro hermanas se miraron entre sí antes de asentir con un gesto de cabeza y encerrarse cada una en su propia habitación.



Alexander Everleigh, miraba a su alrededor entretenido. No solía acudir a las numerosas fiestas que se celebraban en Londres, pero la primera de la temporada no se la perdía nunca. Las familias de la alta sociedad presentaban a sus hijas como si fueran mercancía valiosa con la esperanza de acordar beneficiosos matrimonios, y le gustaba contemplar las posibilidades.

No tenía prisa ni mayor interés por encontrar esposa y tener herederos, aunque sabía que algún día tendría que hacerlo. Era su responsabilidad mantener el título en la familia cuando su padre, el duque de Everleigh, falleciera.

Aunque anciano, se mostraba fuerte y sano. Le sorprendió verlo hablando en un rincón con lady Astor, una viuda un poco más joven que él. ¿Acaso pretendía volver a casarse? No le sorprendería. A su excéntrico y caprichoso padre le gustaba presumir de sus pertenencias. Esa viuda podría ser uno más de sus objetos de valor, aunque por lo que había escuchado esa dama no tenía ninguna necesidad económica de unirse en matrimonio con un duque.

Su sonrisa se congeló al ver a una deslumbrante joven entrando en el salón. La recordaba de la temporada anterior. ¿Cómo olvidarla? Era la más bonita de todas las mujeres de la sala. Su cabello de un inusual color caoba, su bonito rostro y sus ojos azules, realmente llamaba la atención. ¿Acaso no había encontrado esposo la temporada anterior? Le sorprendía mucho cuando daba por hecho que los pretendientes harían fila en su puerta.

¿Se había permitido el lujo de rechazarlos? No le parecía tan frívola y caprichosa. Quizá esa temporada tuviera la oportunidad de bailar con ella. A su lado había una joven de cabello más claro, también muy bonita, que miraba todo con curiosidad. Probablemente fueran hermanas.

Isabella miró a su alrededor haciendo un gran esfuerzo para no fruncir el ceño. Sabía que su destino se firmaría esa noche. En cuanto su padre averiguara quién era el hombre más acaudalado de la fiesta, se lo presentaría. Sus padres parecían muy seguros de que pediría su mano inmediatamente. Solo rezaba para que por lo menos, fuera un hombre amable y agradable, al que aprendiera amar con el paso del tiempo.

Miró a Charlotte. Debía estar tan ilusionada como ella había estado los dos años anteriores, sin embargo, el peso de la preocupación también caía sobre ella y podía encontrarse reflejado en su mirada.

Su madre le dio un leve empujón, instándola a sonreír. Isabella fingió su sonrisa y siguió a su madre para saludar a los invitados. Charlotte desapareció de su lado sin dar explicaciones. Isabella ahogó un suspiro mientras imitaba a su madre con los respetuosos y convencionales saludos.

La música no tardó en inundar el salón de baile. Isabella miró a su alrededor confundida. Habían querido llegar más tarde que el resto de las debutantes de la temporada para asegurarse de que todos los posibles pretendientes estuvieran presentes y la vieran llegar, sin embargo, aún no se le había acercado nadie.

Un joven alto y delgado, de nariz protuberante, a quien no recordaba de las temporadas anteriores la invitó a bailar, conduciéndola respetuoso a la pista de baile. Mientras seguía el ritmo

a duras penas debido a la escasa habilidad del compañero, su mirada se cruzó con la de su padre. Con gesto severo y apenas perceptible, negó con la cabeza. Isabella asintió levemente. Aquel no era buen candidato. La tensión que sentía ante la responsabilidad que caía sobre sus hombros desapareció por un momento y se relajó entre sus brazos hasta que la pieza acabó.

Antes casi de girarse, otro caballero la invitó a bailar. Tres bailes más tarde, y sin apenas prestar atención a los caballeros con los que bailaba, Isabella, preocupada, no supo descifrar la mirada de su padre con aquel candidato. No terminaba de decidirse con respecto a su compañero de baile.

Isabella lo miró detenidamente. Alto, apuesto, con bonitos ojos azules, nariz recta y mandíbula cuadrada. No parecía un caballero enclenque y desgarbado como alguno de sus posibles pretendientes anteriores. La mano que sostenía la suya era fuerte y de dedos largos, y la que la sujetaba por la espalda era amplia y firme. El hombre la acarició con la mirada, consiguiendo que ella se ruborizara y olvidara el examen al que le estaba sometiendo.

—Veo que esta temporada se toma más en serio la búsqueda de un esposo.

Isabella trastabilló, sorprendida, entre sus brazos. Lo miró incrédula ante su falta de tacto y discreción.

—Me parece una observación de muy mal gusto.

—¿Por qué? ¿Acaso no es cierto?

Ella intentó soltarse, airada, pero él la sujetó con más firmeza. Podía sentir el calor de su cuerpo rodeándola.

—No tiene por qué dejar de bailar, lady Ashworth. Solo ha sido un comentario sin ninguna mala intención. En ningún momento pretendía ofenderla.

Ella lo miró con cierta desconfianza. Si sabía su nombre, denotaba cierto interés. Eso la relajó ligeramente. Él le dedicó una media sonrisa, acercándola ligeramente más hacia él. Isabella le mantuvo la mirada, consciente de la extraña tensión que parecía haber entre ellos.

—Me ha parecido un comentario muy desafortunado.

—Por eso me disculpo ante usted, pero me sorprendió volver a verla sin un esposo llevándola, orgulloso, del brazo.

Isabella se sintió halagada. El tono de su voz y la calidez de su mirada, así como sus palabras, parecían sinceros.

—¿Nos conocimos la pasada temporada? No lo recuerdo.

—No me acerqué a usted. Tenía demasiados pretendientes.

—¿Este año no le ha parecido lo mismo?

—Quizá sí, pero me produce curiosidad.

—¿El qué?

—Usted.

Isabella parpadeó sorprendida ante su inapropiada revelación. Notó como el rubor teñía sus mejillas. ¿Ese hombre tan apuesto podría ser un buen esposo? Se sentía bien entre sus brazos, sus cuerpos parecían encajar a la perfección y el calor que sentía allí donde la tocaba, resultaba alentador.

Buscó con la mirada la aprobación de su padre. No lo encontró junto a su madre. Volvió a prestar atención a su compañero de baile. Apuesto, caballeroso y aparentemente educado. Podía perderse con facilidad en su mirada y en esa cautivadora sonrisa. Se sorprendió rezando para que tuviera mucho dinero, el suficiente para solucionar sus graves problemas. Era lo único que podía importarle en ese momento.

—Me temo que no le conozco.

—Alexander Everleigh—se presentó.

Isabella esperó expectante que algún título siguiera a ese nombre, pero no llegó. Ahogó un suspiro resignado y retiró su mirada para que no pudiera ser testigo de su decepción. Su porte era elegante, la seguridad con la que se movía era más que evidente. Quizá... Negó con la cabeza. No podía hacerse ilusiones, aunque sentía que podía confiar en él y buscar refugio entre sus brazos ante cualquier contratiempo. Siguió meciéndose entre ellos al ritmo de la música, sin embargo, empezó a acecharle la sombra de la sospecha de que sería el primer y último baile que compartieran. Eso parecía dejarla sin aire. No quisiera que fuera así.

Alexander no pudo descifrar la mirada de su compañera de baile o el leve gesto de desencanto que le había parecido leer en su bonito rostro cuando le había dicho su nombre. Era preciosa. Estaba decidido a hacer frente a sus caprichos o a su orgullo si tampoco estaba dispuesta a contraer matrimonio en esa temporada. La haría cambiar de opinión. Estaba resuelto a conseguirlo y a hacer lo que fuera necesario para convertirla en su esposa.



Al día siguiente, Isabella bajó nerviosa las escaleras seguida de Charlotte que había ido a buscarla a su dormitorio con la misma preocupación que estaba sintiendo ella. El primero de sus pretendientes había acudido a visitarla y estaba con su padre en la biblioteca. No sabía quién sería, pero esperaba que fuera Alexander.

Había pasado la mayor parte de la noche recordando el baile compartido. Aunque no ostentara ningún título, sus ropas eran caras y parecía un caballero solvente. Quizá no tanto como requerían en ese momento, pero era su padre quien tenía la última palabra.

No había recibido ningún gesto de asentimiento por su parte ante los jóvenes con los que había bailado el resto de la noche. Ni había hecho ningún comentario al respecto en el tenso trayecto que habían compartido hasta la casa una vez acabada la fiesta. Ambas cosas le preocupaban. La gravedad de la situación era acuciante.

¿Quizá no había conseguido que ningún caballero acaudalado se fijara en ella? No era su primera temporada, pero era bonita, más que la mayoría, y no tan mayor como para no tener la posibilidad de elegir.

Frente a la puerta cerrada de la biblioteca miró a su hermana con los nervios anudados en su estómago. Charlotte mantenía un gesto serio y parecía evitar su mirada. No habían podido hablar sobre el baile o sobre los posibles pretendientes que ella pudiera tener. Charlotte la retuvo por el brazo cuando se dispuso a abrir la puerta.

—Isabella...

—Todo estará bien, Charlotte —la tranquilizó rezando en su interior para que fuera Alexander quien estuviera al otro lado—. Si todo va bien, tú podrás disfrutar de esta temporada sin la obligación de casarte, Danielle no ira al convento y Sophie podrá volver de casa de la tía Dorothy.

—Es un sacrificio grande...

Isabella la miró extrañada. ¿Sabía algo que ella desconocía?

—Es mi obligación, un matrimonio —intentó tranquilizarla—. Es para lo que fuimos

criadas.

Las dos hermanas se mantuvieron la mirada por unos instantes. «Por favor, que sea Alexander», se repitió Isabella mientras bajaba la manivela. Contuvo la respiración al entrar. No lo vio.

Su madre permanecía sentada con gesto serio en uno de los sillones. Danielle, de pie, detrás de ella, la miraba preocupada. Su padre, junto a la ornamentada chimenea, exhibía un visible gesto aliviado en el rostro y hacía esfuerzos por disimular una sonrisa radiante. A su lado, un anciano envarado con aspecto arrogante, casi tan alto como su padre, la observaba satisfecho. ¿Dónde estaba su pretendiente?

Miró a Charlotte que permanecía a su lado, sin comprender. Ella desvió la mirada. ¿Para qué la habían llamado?

Reparó en su madre que con un gesto seco e imperceptible la instó a avanzar hacia su padre. Isabella obedeció, confundida. Volvió a mirar a su progenitor que empezó a sonreír levemente, incapaz de ocultar su satisfacción. La dura y cínica sonrisa del anciano que había a su lado captó su atención. El repaso que le hizo con la mirada le causó repulsión.

Se obligó a llegar hasta ellos y saludar sumisa, tal como le habían enseñado.

—Aquí está la novia. Isabella, saluda a tu prometido.

Isabella miró a su padre incrédula. Eso quería hacer, pero ¿dónde estaba?

—El duque de Everleigh ha solicitado oficialmente tu mano y he aceptado su propuesta.

Isabella lo miró petrificada. ¿Un duque? No le extrañaba que su padre estuviera tan relajado. Dio un paso atrás mientras el anciano se situaba frente a ella.

—Lady Isabella, nada me complacerá más que acompañarla al próximo baile en calidad de mi esposa.

Isabella parpadeó sorprendida antes de bajar rápido la mirada para que no notara el cúmulo de sensaciones que la habían sacudido de golpe. Su respiración se detuvo, su garganta se cerró y las lágrimas acudieron a sus ojos. Hizo la apropiada reverencia con mucho esfuerzo, tratando de mantener el equilibrio. No podía ser. Sentía unas ganas terribles de vomitar. Se obligó a levantar la mirada como sabía que debía hacer, pero fue incapaz. Notó como sus mejillas se teñían de rojo, por una mezcla de vergüenza y furia contenida.

—Es encantador ver cómo se ruboriza —murmuró el duque con visible satisfacción.

—Dispón todo tu equipaje, Isabella. Mañana por la mañana te trasladarás a tu nuevo hogar donde se celebrará la boda. Supongo que tendrás tiempo más que suficiente para prepararte.

Isabella asintió con la mirada baja, los labios apretados y el ceño fruncido pese a hacer un gran esfuerzo para que su reticencia y decepción no fuera visible. No estaba preparada para eso. Sabía que el matrimonio iba a ser concertado, pero esperaba que, por lo menos, fuera un pretendiente de su edad o algo mayor, aunque lo suficientemente joven como para formar una familia y crear un hogar juntos.

La esperanza de que Alexander pudiera ser el elegido por su padre quedó totalmente desterrada. Ahogó un gemido. ¿Qué podía esperar de ese matrimonio? Dinero. Solo dinero y quizá una posición social. Tragó saliva con gran esfuerzo para tratar de digerir la noticia de su apremiante enlace.

—Puedes retirarte —le indicó su padre—. Tenemos algunos detalles que tratar sin tu presencia.

Isabella asintió caminando hacia atrás, mirando cabizbaja y de reojo a su futuro esposo. Él la miraba orgulloso, como si ella fuera un trofeo de caza. Volvió a bajar la mirada mientras la

angustia se apoderaba de ella. Charlotte, Danielle y su madre salieron tras ella.

Cuando cerraron la puerta a sus espaldas, Isabella, jadeando agobiada, miró a su madre. Casi no podía respirar. Danielle le sujetó de la mano, transmitiéndole su apoyo... o sus condolencias.

—Madre...

—¡Shhhh! Un duque, hija. Vas a casarte con un duque.

—Madre... Es un anciano. ¿No lo habéis visto?

—Hay mucho que hacer, vamos —la apremió su madre, indiferente.

Charlotte se acercó a su hermana con gesto compasivo.

—Es un anciano —insistió Isabella.

Charlotte asintió pasándole un brazo sobre los hombros.

—Antes morirá —le susurró.

—Charlotte, no seas insolente. Isabella, es un duque —le recordó su madre poniéndose frente a ella, sujetándola por las muñecas con firmeza—. Tiene mucho dinero. Va a sanear nuestras cuentas. Tu belleza tiene un precio muy alto. Ayer volviste a ser la sensación de la fiesta. Diremos a los criados que no aceptas más visitas. El duque pidió tu mano anoche y tu padre aceptó.

Isabella la escuchaba en silencio. En ese momento, una absoluta tristeza la envolvió. Su sentencia ya estaba firmada. Ya no iba a haber más fiestas, ni más esperanza de encontrar un hombre agradable y apuesto con quien compartir su vida. Se uniría a ese anciano y dejaría que la vida pasara consumiendo su ilusión y su belleza. Todo parecía dar vueltas a su alrededor.

—Ahora que tú no acudirás a ninguna fiesta, quizá Charlotte tenga alguna posibilidad —añadió su madre mientras se dirigían hacia su dormitorio.

—¡Madre! —exclamó Charlotte, molesta—. Lo dices como si no fuera capaz de resultarle agraciada a alguien.

La madre la miró con una expresión irónica.

—Si te mantienes en silencio no habrá problemas.

Isabella frunció el ceño.

—Pero si yo me convierto en duquesa, Charlotte no tendrá prisa por encontrar un esposo, ni Sophie, ni Danielle tendrá por qué ingresar en un convento.

Danielle le sonrió con ternura.

—Todo seguirá según lo planeado —le informó Elinor—. Charlotte encontrará esposo esta temporada. Sophie no volverá de su viaje hasta que la temporada termine y Danielle quizá pueda retrasarse en su entrada al convento, pero no veo la necesidad. Allí estará bien. Subamos a tu habitación. Solo espero que la generosidad del duque sea lo suficientemente rápida para que no corra la voz de nuestra situación económica.

Las tres hermanas se miraron entre sí, preocupadas.

Isabella hizo ademán de seguirlas por las escaleras, pero sus piernas parecían negarse a obedecer. Era un anciano, se recordó frunciendo el ceño.

La madre llegó hasta ella. Con un gesto seco indicó a sus dos hijas menores que subieran las escaleras para dejarlas a solas.

—Isabella...

—Madre... Es muy mayor —gimió apesadumbrada.

—Escucha, hija... —le susurró—. Sí, lo es, pero acaba de resolverte la vida y la nuestra también. Serás duquesa. No te faltará nunca nada.

—Pero... —una mueca de repulsión se dibujó en su rostro.

—Cierra los ojos cuando compartas lecho con él. Probablemente tenga amantes y no te busque más que para dejarte embarazada.

Isabella la miró ruborizada dejándose llevar del brazo por su madre.

—Aunque ya tiene un hijo y no necesitará un primogénito. A esa edad no sé si... Ya lo descubrirás. Llévate bien con él. Probablemente cuando fallezca y su hijo herede te destierren a alguna de sus mansiones en las afueras.

—Pero madre... ¿qué vida es esa?

—La tuya, Isabella.

—¿Y si no tengo hijos?

—Quizá puedas volver a casarte alguna vez... Charlotte toca el piano, quizá puedas aficionarte a algún instrumento o a la pintura. Aunque no te lo parezca ahora, tu vida acaba de convertirse en el sueño de muchas mujeres. Mi hija va a ser una duquesa —se dijo orgullosa—. Ya sabíamos que tu belleza se pagaría bien.

Isabella ahogó un gemido. «Tenía la vida resuelta», se repitió varias veces para mentalizarse de ello. Ella y su familia, añadió. Pero ¿sería feliz en algún momento?

Llamaron a la puerta haciéndolas detenerse y girarse para descubrir quién iba a visitarlas. Uno de los criados acudió a abrir. Isabella contuvo la respiración al ver entrar a Alexander con el sombrero en la mano. La sonrisa de él se dibujó al verla. Isabella sintió que su corazón estallaba en mil pedazos. Las lágrimas nublaron su mirada. Solo quería correr hasta él, refugiarse en sus brazos. Contuvo las ganas de romper a llorar. Si estaba allí era porque ella le interesaba. ¿Y si le hubiera pedido matrimonio antes?

Alexander le mantuvo la mirada, preocupado. Algo le había sucedido, pero no sabía identificar qué.

—Venía a hablar con ustedes.

La madre camino hacia él, decidida.

—Si es por Isabella, es tarde. No recibimos visitas.

Alexander la miró sorprendido. Isabella era incapaz de moverse. Justo podía respirar. Hubiera salido corriendo hacia él, pero su madre le advirtió con su gesto serio, sin necesidad de palabras.

—¿No tengo la más mínima posibilidad de...

Isabella le mantenía la mirada con la máxima desolación reflejada en su rostro. Sintió que su corazón destrozado se encogía.

—Me temo que no, señor.

Alexander dirigió una última mirada a Isabella que no se había movido de donde estaba. Asintió con el ceño fruncido y, con un leve movimiento de cabeza a modo de despedida, salió de la casa. Las rodillas de Isabella se aflojaron haciéndola temblar. El sonido seco de la puerta le hizo volver a la realidad y soltar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta.

Su madre volvió hasta ella y la instó a subir las escaleras

—¿Podré volver a las fiestas? —susurró. Dudaba de que Alexander quisiera oír una explicación o mirarla siquiera después de su matrimonio. Encontraría otra esposa...

—¿Para qué si ya estás casada? —le preguntó su madre.

—Para... ¿bailar?

—Bastante tendrás con cuidar de tu casa y a tu esposo.

—Sí, pero...

—No sé quién era ese caballero. Si pretendes volver a verlo, despídete de la idea. Anoche te vi bailar con él. Eres una mujer. No digo que no puedas tener amantes...

—¡Madre!

—Pero si los tienes deberás ser muy cuidadosa y extremadamente discreta. El orgullo de un hombre nunca tiene un buen final. Además, los hombres solo buscarán tu cuerpo para satisfacer sus necesidades. No te querrán para nada más.

Isabella bajó la mirada, abatida, mientras entraban en su dormitorio donde Charlotte y Danielle habían empezado a sacar la ropa del armario.

—Quizá aparezcáis en alguna fiesta de esta temporada para que pueda presumir de ti y llevarte del brazo. Dedícate a complacerle...

—Y a cuidarle —le recordó Charlotte ganándose una mirada de desdén por parte de su madre.

—Pero podréis visitarme, ¿verdad? —le preguntó Isabella.

—Sí, claro, pero los primeros días los pasareis a solas. Llévate la costura. En algún momento te dejará descansar...

—¡Madre!

—Isabella, eres una mujer. Ya sabes lo que va a ocurrir entre vosotros. Los hombres tienen sus necesidades.

—Dijiste que a su edad... o que tendría amantes.

—Nunca se sabe. Como ya te he dicho, tu vida acaba de resolverse. Si puedes tener un hijo tendrás un nuevo aliciente, si no, dedícate a otros menesteres.

Isabella asintió resignada sentándose sobre el borde de su cama mientras su madre y sus hermanas empezaban a preparar su equipaje. Su vida acababa de resolverse, pero sentía que finalizaba en ese momento. La desolación y la angustia cerraron su garganta. Recordó la noche anterior, la música, los bailes, incluso los brazos de Alexander. Ahogó un suspiro. Controló sus lágrimas. Recordó a las mujeres mayores, la mayoría viudas, sentadas en los rincones. Sería una de ellas en unos años. Frunció el ceño. Ese sería su destino.



Esa noche, Isabella llegó a la fiesta que el duque había decidido celebrar en su mansión para anunciar su compromiso e inminente boda, escoltada por sus padres y Charlotte. Habían enviado sus escasas pertenencias y casi todo su equipaje a la mansión y tenían previsto trasladar el resto al día siguiente cuando se oficiara la boda.

No era lo habitual tanta urgencia, pero el duque podía permitirse cualquier licencia y hacía uso de su posición para ello. Isabella sentía su corazón en un puño. Lo único que le aliviaba era saber que el problema económico de sus padres estaría solucionado y sus hermanas podrían correr mejor suerte que ella.

Compuso su mejor sonrisa y se obligó a lucirla en su rostro mientras el duque y su padre la exhibían y presentaban como la futura duquesa a los invitados. No le importaban las habladurías que se habían generado ante la que habían considerado como la «sorpresa de la temporada». Por lo que había podido escuchar, se achacaban a la excentricidad de su futuro esposo y a su necesidad de proclamar como suya a la joven más bonita de la temporada.

No importaba su diferencia de edad, ni la dote que hubiera tenido que pagar por ella. Solo

parecía importar el orgullo que él mostraba al tenerla sujeta por el brazo mientras saludaban a los presentes.

Le dolían las mejillas de la fingida sonrisa, la espalda del esfuerzo que estaba realizando por mantenerse recta luchando contra el temblor de sus rodillas y el alma por el sacrificio que debía hacer. Había tratado de mentalizarse, de repetirse que la habían educado para ello, incluso de olvidar a Alexander, pero nada de eso le estaba resultando fácil. Quizá cuando se habituara a su nueva vida todo sería más sencillo. Sobre todo, sabiendo que su familia habría dejado de sufrir.

Se repetía la conversación con su madre. Si, como le había dicho, su esposo solo la buscaba para fecundar un hijo, el resto del día no necesitaba intimar con él, quizá ni encontrárselo. Supuso que como duque tendría mucho que hacer. Quizá viajara y la dejara sola en casa. Una casa enorme, ostentosa y regia. Denotaba poder en todos sus rincones. Debía sentirse afortunada, se recordó y no solo por haber solucionado el problema familiar.

Se quedó de piedra al ver a Alexander dirigirse a ella. ¿Era conocido del duque? ¿De verdad iba a saludarla como si no la conociera? Solo habían compartido un baile, discretas miradas y medias sonrisas, pero él estaba dispuesto a cortejarla y a pedir su mano a su padre. Qué pronto lo había olvidado si tenía la necesidad de verla en brazos de otro hombre con tal de asistir a la fiesta para encontrar otra candidata. Realmente las mujeres eran objetos fácilmente sustituibles, se lamentó avergonzada. Era humillante descubrir que había significado tan poco para él.

—Dichosos los ojos que te ven, hijo. Acércate. Quiero presentarte a mi futura esposa.

Alexander se detuvo ante ellos. Los rumores que había escuchado sobre que el duque de Everleigh iba a casarse con la joven más bonita de la temporada, muy a su pesar, habían resultado ciertos. Miró detenidamente a la joven que había mecido entre sus brazos la noche anterior y a la que había estado dispuesto a pedir en matrimonio. Su mirada parecía triste pese a la radiante sonrisa que mostraban sus labios.

Isabella le mantuvo la mirada con gran esfuerzo por disimular su mezcla de emociones. ¿Alexander era el hijo del duque? ¿Podía ser cierto?

—Disculpenme un momento. Creo que necesito tomar un poco de aire... —murmuró sin dejar de sonreír.

No esperó respuesta y se dirigió hacia el balcón que daba acceso a la terraza y que previamente había identificado ante la intuición de que necesitaría huir del bullicio más de una vez.

Nada más salir tomo aire casi jadeando. Sintió dolor en sus mejillas, forzadas a sonreír. Aunque se le estuviera haciendo interminable, esa noche pasaría rápida y el día siguiente también. Sus padres recuperarían el dinero perdido y ella comenzaría una nueva vida.

Alexander era hijo del duque... No podía creérselo. No comprendía por qué seguía pensando en él. Solo habían compartido algún baile y una mínima conversación, nada más. Olvidarlo sería sencillo, siempre y cuando no tuvieran que coincidir en demasiadas ocasiones.

Segundos después, escuchó unos pasos a su espalda.

—¿Lo está pasando bien?

Isabella se giró sobresaltada. No le había gustado el tono irónico que parecían esconder esas palabras. Alexander la miraba serio.

—Sí. Es la noche previa a mi boda.

—Conmigo no necesita fingir que se siente afortunada.

Ella lo miró incómoda ante sus desagradables palabras. Enderezó su espalda.

—¿Me está acusando de mentirosa?

—¿Lo es? Puedo entender que mi padre quiera lucir del brazo a la mujer más bonita de la temporada —. Isabella se ruborizó ante el cumplido—. Pero ¿usted qué busca? ¿Un título? ¿Tanta es su ambición que para ello une su vida a la de un anciano avaricioso y ruin?

Isabella se ruborizó ante tan acusación.

—Mida sus palabras cuando esté conmigo.

—¿Porque es una duquesa o porque es mi madrastra?

—Porque está hablando de su padre y a los padres se les debe respeto.

Él le mantuvo la mirada.

—¿Es eso? Tenía entendido que su padre tiene la suficiente fortuna como para mantener a su familia sin problemas mientras sus hijas encuentran un esposo que las atienda como se merecen.

Isabella desvió la mirada incómoda.

—No se preocupe por mí. Seguro que su padre me atiende como me merezco.

—Si dice eso es porque no lo conoce o porque usted se estima muy poco.

Isabella lo miró reflexionando sobre sus palabras. ¿A qué se refería?

El sonido de unos tacones los interrumpió. Elinor se acercó a su hija, preocupada.

—Isabella...

—Disculpen, señoras —les sonrió Alexander con una reverencia, antes de dejarlas a solas.

—¿Ese caballero no estuvo ayer en casa? Isabella, no puedes encontrarte a solas con un hombre y menos estando tu esposo tan cerca. Te pedí discreción.

—¡Madre! Solo salí a tomar un poco de aire. Fue casual el encuentro con Al... él.

—Eso espero, hija. Tu padre me dijo que habías salido a tomar un poco de aire. ¿Estás nerviosa?

—Todo está saliendo según lo estipulado, ¿no?

—Sí... Solo espero que el duque se reúna pronto con tu padre para que Charlotte pueda encontrar un esposo conveniente sin la misma urgencia que tú. Podremos solventar las deudas antes de que los acreedores persigan a tu padre hasta aquí y estalle el escándalo.

Isabella asintió.

—Volvamos dentro, Isabella, y procura que el duque no te encuentre nunca a solas en compañía de otro hombre.

—Ya seré su esposa.

—Con más razón, hija. Estarás totalmente en sus manos.

Ante esas palabras, Isabella sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Su madre fingió una sonrisa y la instó con un gesto de cabeza a que volviera al salón. Ella obedeció. Al entrar buscó con la mirada a su esposo. Estaba en sus manos, se repitió las palabras de su madre. Realmente no lo conocía. Alexander le había dicho que era avaricioso y ruin. ¿Sería cierto?

No le importaba. Su matrimonio podía considerarse, ya, un hecho. Al día siguiente lo consumirían. Su familia recibiría el dinero y a ella le quedaría toda la vida para aprender a conducirse como una duquesa. Ahogó un suspiro. Como le había dicho su madre, quizá los hijos que engendraran la mantuvieran entretenida.



El sol se filtraba por la ventana cuando Isabella entreabrió los ojos somnolienta. No recordaba... ¿O sí? Pero todo parecía borroso, probablemente fruto de su propio nerviosismo. La boda había sido una grandiosa exhibición de lujo y poder. Había recibido numerosas felicitaciones de personas que no conocía, el banquete fue un despliegue de exquisitos manjares y el baile se le había hecho interminable.

Se dio media vuelta en la cama. La noche anterior había estado esperando a su ya esposo, agotada, en su dormitorio, no muy dispuesta, pero perfectamente preparada. Se había soltado su largo cabello y las doncellas lo habían cepillado para que luciera brillante y suave. Había elegido un fino camisón en un suave color azul. Los nervios se habían agarrotado en su estómago, incluso un poco más abajo, pensando en el momento que debía llegar. Había cerrado los ojos por un momento y... ya no recordaba más.

Escuchó un ligero carraspeo a su espalda. No estaba sola. Se incorporó sobresaltada. Miró a su alrededor y vio al duque a su lado, sentado en una silla, junto a la cama, mirándola con una extraña sonrisa.

—Buenos días, Isabella. Espero que hayas dormido bien.

Ella le miró confundida. Su primer instinto había sido cubrirse con las sábanas, pero recordó que era su esposo. No era necesario, pero aun así lo hizo.

—Sí...

Él se incorporó hacia ella y con un movimiento seco de su mano retiró la sábana que la cubría, de repente. Ella encogió las piernas, sorprendida. ¿Iba a tomarla en ese momento? Ya amanecía.

Lo vio sacar un cuchillo de uno de sus bolsillos y sin mediar palabra lo llevó hasta el puño que llevaba cerrado. ¿Qué iba a hacer? ¿Matarla? No le gustó el brillo de sus ojos. Ni esa sonrisa cruel.

Un pájaro pequeño parecía empezar a removerse con su último aliento en su puño apretado. Sin mediar palabra y sin compasión alguna, le rebanó el cuello lo suficiente para que un hilo de sangre resbalara por sus manos y manchara la sábana.

Isabella ahogó una exclamación y saltó de la cama conteniendo las náuseas.

El duque la miró burlón.

—Una dama bonita y sensible. Escogí bien, querida. Eres mi esposa y las sábanas corroboran lo que pasó anoche en esta habitación. Prepárate porque hoy pasearemos por Hyde Park. Quiero que todos alaben tu belleza y mi suerte. ¿Queda claro?

Isabella asintió en silencio totalmente confundida. Él se dirigió a la puerta con paso firme. Pareció cambiar de idea. Se giró y avanzó hacia ella clavándole la mirada con dureza. Se detuvo a escasos centímetros.

—No voy a acostarme contigo. No necesito ningún heredero y no correré riesgos. Eh... si alguna vez necesitaras —miró hacia la cama—, te pido discreción absoluta. No toleraré faltas de respeto en público y no quieras saber lo que soy capaz de hacerte si me humillas. A ti y a tu familia. ¿Queda claro?

Isabella enmudeció, tragó saliva a duras penas y asintió con un leve movimiento de cabeza. Era incapaz de moverse. El pulso se le había acelerado, el estómago comprimido y la garganta cerrado. No podía respirar.

Lo vio salir del dormitorio con el pájaro en su puño. Miró las sábanas manchadas de sangre. ¿Eso era la evidencia de que habían pasado la noche juntos? Volvió a mirar hacia la puerta cuando se abrió y entraron dos doncellas.

—El duque nos ha avisado de su intención de pasear por Hyde Park —comentó una de ellas empezando a retirar las sábanas, tras ser testigo de la indiscreta mancha—. El desayuno está servido en el comedor y el cochero estará preparado en una hora. Debe arreglarse sin tiempo que perder.

Ella asintió mientras veía a la otra doncella sacar un vestido de su armario. Su cuerpo no parecía capaz de reaccionar.

—Esta tarde tiene cita con la modista. El duque quiere que renueve todo su vestuario. Es muy generoso con usted.

Isabella ahogó un suspiro. Generoso... Un nuevo vestuario. Su padre ya habría recibido el dinero. Quizá Sophie pudiera regresar pronto a casa y Danielle no tuviera que ingresar en un convento. Se relajó aliviada. Si solo debían aparentar ser un matrimonio feliz, eso harían.



Unos días más tarde, seguían pasando las mañanas paseando del brazo por Hyde Park donde el duque saludaba con su habitual arrogancia a unos y a otros y conversaba de negocios con diferentes hombres a los que no sabía identificar. Los vestidos que el duque había encargado para ella eran los más elegantes que había visto nunca y la imagen pública que mostraban era idílica.

Isabella se limitaba a sonreír. El duque apenas le prestaba atención más allá de lucirla como un trofeo. Ni siquiera le daba conversación, alegando que tenía asuntos importantes en los que pensar. El resto del día podía hacerse muy largo, pero, afortunadamente, las noches eran muy tranquilas. Ambos se despedían tras la cena y dormían en dormitorios separados.

Como habían dejado de acudir a las fiestas que les invitaban, Isabella no había vuelto a ver a su familia desde el día de la boda, así que cuando un mañana, al llegar a casa, vio a su padre, esperándoles, fue sonriendo a saludarle. Lo notó preocupado. ¿Tendría nuevas deudas? El duque lo invitó a pasar a la biblioteca mientras ella les seguía con la mirada.

La puerta de la mansión se abrió a su espalda. Alexander entró sorprendiéndola.

—Veo que la vida de casada le sienta bien —le comentó arrogante, con fingida indiferencia.

Ella le miró altiva. No le había gustado el tono de voz empleado. No había vuelto a verlo desde el día de la boda, donde tampoco recordaba su presencia con nitidez.

—Gracias... Hace días que no le veo. Supongo que está muy ocupado acudiendo a fiestas para encontrar una candidata que merezca su aprobación.

Isabella se arrepintió inmediatamente de sus palabras. Habían sonado a acusación sobre algo que no debía importarle. Sintió como Alexander la acariciaba con la mirada provocando que una irresistible calidez recorriera su cuerpo. Contuvo la respiración por unos segundos. ¿Cómo

hubiera sido estar casada con él? Se ruborizó sin poder evitarlo.

—Digamos que las fiestas han dejado de llamar mi atención... igual que la suya, pero claro, ya está casada. ¿Qué interés pueden generarle si ya ha conseguido su objetivo de escoger esposo? Y nada menos que un duque.

Isabella le mantuvo la mirada, impasible. No iba a negarle que un duque era la solución a sus problemas y a los de cualquier joven que deseara contraer matrimonio.

—Las fiestas siempre son un buen lugar de encuentro.

—Y por eso usted no las frecuenta.

—El duque no ve conveniente que acudamos.

—Y a usted le parece bien.

Isabella se encogió de hombros mientras la puerta de la biblioteca volvía a abrirse y su padre salía con prisa y sin mucha intención de detenerse. Isabella fue hacia él, alcanzándole casi en la puerta para una despedida, aunque fuera breve.

Alexander se dirigió a la biblioteca invitando a su padre a entrar delante de él. Cerró a sus espaldas.

—Doy por hecho que el matrimonio con Isabella ha supuesto un desembolso importante de nuestras arcas. Solo espero no tener que compartir la herencia con un nuevo hermano.

El duque sonrió con ironía.

—Yo tampoco quiero un nuevo hijo.

—¿Y ella está de acuerdo?

—No le he preguntado y no voy a hacerlo.

—La única manera de no procrear es la abstinencia.

—Exacto —sonrió el duque dándole la razón con ironía—. Pero, ¿has visto a alguien que vaya mejor acompañado que yo?

Alexander le mantuvo la mirada, extrañado. ¿Abstinencia? Era absurdo pensar siquiera en no compartir el lecho con una joven tan bonita.

—No te veo en las fiestas, padre. Si lo que querías era presumir de tu nueva y costosa adquisición...

—Unos contratiempos sin importancia.

—¿Y ese contratiempo quizá te está pidiendo más dinero por tu último capricho?

El duque sonrió con un brillo de arrogancia en su mirada que no pasó desapercibido para Alexander.

—Podría decirse que todavía hay gente muy confiada en Londres.

—¿A qué te refieres?

—No te importa, hijo... Me alegra saber que tú sí que acudes a las fiestas. Nuestro apellido necesita un heredero. ¿Alguna dama que te haya llamado la atención esta temporada?

Alexander negó con la cabeza. Era irónico pensar que ambos se habían fijado en la misma mujer, pero ¿cómo no hacerlo?

—Seguro que aparece alguna que conquista tu corazón o tu bolsillo.

—Yo tampoco tengo la necesidad en este momento de aumentar la familia con un heredero.

—Pero alguna podría aumentar nuestra fortuna. Podría presentarte alguna viuda.

—¿Viuda? ¿Lo dices en serio? ¿Por qué no la escogiste para ti?

El duque sonrió lascivo.

—Ya me conoces. Quería lo mejor.

—Entonces comprenderás que yo no me conforme con menos.

Se mantuvieron la mirada, intransigentes.

—Es a ti a quien le corresponde tener un heredero.

—Dudo mucho de que una viuda pueda dármele.

—Nunca se sabe. Vayamos al salón.

Alexander le siguió sin especial interés. Las muestras de afecto en público entre su padre y su bonita esposa eran inexistentes, pero seguía sin hacerse a la idea de que Isabella estaba lejos de su alcance.



Isabella subió a su dormitorio intranquila. Su padre apenas había intercambiado unas palabras con ella, evitando su mirada. Pero lo que más le había inquietado era la expresión de su rostro. Reflejaba una preocupación que ya debería haber desaparecido.

No había vuelto a frecuentar las fiestas, pero no había escuchado ningún rumor acerca de la ruina de su familia, algo que hubiera corrido como la pólvora y, sin duda, habría llegado a sus oídos. Su matrimonio con el duque había evitado esa posibilidad. ¿Qué le ocurría entonces?

Supuso que podría pedirle permiso al duque para ir a visitar a su madre y a sus hermanas. Las echaba en falta más de lo que le hubiera gustado. No se podía imaginar lo que Sophie estaría sintiendo tan lejos de todas ellas. Confiaba en que se comportara de manera correcta, tal y como se esperaba de ella. Aunque con Sophie, igual que con Charlotte, siempre te podías llevar cualquier sorpresa.

Se sentó en la cama con un suspiro. Por lo menos, Danielle no acabaría en un convento, aunque fuera un lugar en el que podría estar cómoda. Era buena y dulce por naturaleza y no le importaban los vestidos bonitos ni las fiestas. Se echó hacia atrás, dejándose caer, ligeramente agobiada. Alexander... Sintió algo áspero bajo su cabeza. Se llevó la mano a ella, extrañada. Parecía que las doncellas hubieran dejado un papel. ¿Una nota escrita?

Se incorporó para leerla. La caligrafía parecía torpe. El papel, de buena calidad. «No vas a quitarme lo que es mío». Parpadeó sorprendida. ¿Qué era eso? ¿Un mensaje para ella? ¿Era necesario que Alexander se lo dejara por escrito cuando era evidente su posición al respecto?

Dejó a un lado la nota y volvió a tumbarse, molesta. No era la primera mujer que contraía matrimonio por dinero. Ni sería la última. Si se hubiera casado con él, también habría sido ventajoso para ella. Eso era innegable. Pero que se lo recordaran de una manera tan poco elegante era casi ofensivo, se dijo frunciendo el ceño.

No le iba a quitar nada. La fortuna era del duque y, tras su fallecimiento, ella solo heredaría una modesta paga y, con suerte, una casa en las afueras que la permitiera vivir tranquila. El resto le correspondería a él por derecho. Su fortuna era cuantiosa como para reclamarle lo poco que le correspondería a ella. Además, aunque el duque era bastante mayor, su salud parecía de hierro.

Echaría en falta tener un hijo al que cuidar y al que dedicarle sus días, pero ante eso no podía hacer nada. La negativa del duque a compartir dormitorio había sido clara y tajante. No iba a negar que le había supuesto un alivio. Solo de pensar en mantener algún tipo de contacto físico con él le producía náuseas, pero el precio a pagar por salvar la ruina de la familia, iba a ser alto.

Se convertiría en la tía Dorothy y con un poco de suerte se encargaría de los hijos de Charlotte y Sophie que irían a visitarla a su casa de campo.

Las echaba de menos. Pediría permiso al duque para ir a visitarlas al día siguiente, o por lo menos, para pasear por el parque con intención de encontrárselas.



A la mañana siguiente, Isabella agradeció en silencio al duque que no pudiera acompañarla en su paseo por el parque. Escoltada por una doncella, mientras paseaba de manera relajada, las buscaba con la mirada.

Su rostro se iluminó nada más verlas unos pasos por delante.

—Puedes volver a casa —le indicó a su acompañante—. Estaré con mi madre y mis hermanas. Regresaré un poco más tarde.

Con un gesto de asentimiento, la doncella se alejó a paso rápido. Isabella fue hacia ellas con una sonrisa. Charlotte y Danielle la abrazaron con más efusividad que su madre, que tenía una expresión preocupada que no le pasó desapercibida.

—Esperaba encontraros aquí —les explicó Isabella con una sonrisa.

—Es otra manera de encontrar pretendientes —sonrió Charlotte, con fingida frivolidad ante la mirada recriminatoria de su madre.

—¿No acudís a las fiestas?

—¿Tú no lo haces? —le preguntó Danielle extrañada—. Creía que al duque le gustaría presumir de esposa.

Isabella negó con la cabeza.

—Parece que ha perdido el interés en salir. Pero ¿por qué no acudís vosotras?

—Charlotte últimamente se encuentra mal por las noches —le explicó Elinor con gesto serio.

—Me duele la cabeza —asintió la aludida mientras empezaban a pasear tomadas del brazo.

—Madre, vi a padre en la casa del duque, ¿va todo bien?

—Eh... Sí cariño, no te preocupes...

Isabella se detuvo, intranquila. No le había gustado su tono preocupado.

—¿Hay alguna otra deuda? ¿Necesitamos más dinero? —preguntó en un susurro—. Si tengo que pedirle algo al duque lo haré.

—No es necesario, Isabella.

Isabella miró a sus hermanas y ambas desviaron la mirada.

—¿Va todo bien? ¿Me estáis ocultando algo?

Todas negaron a la vez causándole mayor preocupación.

—¿No debería haberte acompañado el duque? —le preguntó Elinor extrañada—. Me han dicho que se os ve pasear habitualmente por aquí.

—Sí, pero hoy tenía asuntos pendientes que atender.

—Por lo menos... ¿estás bien con él?

Isabella asintió. Podía haber sido mucho peor. La convivencia era tranquila.

Elinor sonrió levemente aliviada mientras reanudaban el paseo ante las sonrisas amables del resto de viandantes.

—Deberías haber dicho a tu doncella que volviera en una hora —le recriminó Elinor un poco más tarde—. El duque puede preocuparse si te retrasas demasiado. Tienes responsabilidades con tu esposo.

—No lo pensé, madre.

—Oh, ¿no es ese su hijo?

Isabella se giró para ver a Alexander dirigirse hacia ellas con evidente intención de saludarlas.

—No esperaba encontrarlas por aquí.

—Salí a dar un paseo y me encontré a mi madre —le explicó Isabella manteniéndole la mirada. Podía perderse en ella—. Ahora estábamos hablando de que debía regresar a casa.

—¿Y su doncella? —preguntó buscándola a su alrededor con la mirada.

—La envié a casa antes —se ruborizó incómoda.

Alexander asintió prestando atención a la familia de la joven. ¿Era necesario que se reunieran después de que el progenitor hubiera vuelto a pedir dinero a su padre? ¿Estaban tramando algo?

—Me ofrezco a acompañarla.

—No es necesario.

—No voy a dejarla sola y vamos al mismo lugar.

Se mantuvieron la mirada, inflexibles en su postura, hasta que Isabella se rindió. Miró a su madre y hermanas y se despidió de ellas con cariño para empezar a caminar al lado de Alexander.

—No era necesario que...

—Ya le he dicho que no voy a dejarla sola.

Isabella lo miró de reojo. Le hubiera gustado que esas palabras hubieran sido totalmente ciertas, pero no lo eran. Ella estaba casada con su padre y él seguiría adelante con su vida, encontraría otra esposa... No debía pensar en ello.

—¿Le ha mandado su padre?

—No. ¿Debería haberlo hecho?

—No tendría motivos, pero no esperaba encontrarlo.

—Ni yo a usted, y menos sin compañía.

—No estaba sola. Me encontré con mi madre y mis hermanas y envié a la doncella de vuelta a casa —le explicó ligeramente impaciente.

¿Le estaba recriminando algo? Parecía molesto y no consideraba que tuviera motivos para estarlo.

—Podría haberla acompañado unos pasos por detrás.

—¿Por qué voy a necesitar compañía? Ya soy una mujer casada.

Alexander apretó los labios. No necesitaba que se lo recordara cada vez que la veía, o quizá sí, para que no se tomara ningún tipo de licencia con ella.

—Nunca está de más conservar las apariencias.

Llegaron hasta el carruaje del duque. Alexander le abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla a subir. Isabella la aceptó. El escalofrío que recorrió su cuerpo con solo el ligero contacto hizo que buscara su mirada. Él parecía haber sentido lo mismo. Alexander contuvo la respiración. Era la esposa de su padre, se recordó antes de desviar la mirada para que ella subiera. Tomó aire antes de seguirla. Él también debía conservar las apariencias.

Se sentó frente a ella en silencio. Golpeó el techo del carruaje y, fingiendo que no había ningún tipo de tensión entre ellos, se pusieron en camino, sin abrir la boca.

Poco después, Isabella se obligó a dejar sus pensamientos a un lado. De nada servía pensar que el apuesto y caballeroso hombre sentado frente a ella podría haber sido su esposo. Miró por la ventana para distraerse antes de fruncir el ceño. No recordaba haber pasado nunca por ese lugar. De hecho, no sabría decir ni dónde estaba.

—No recuerdo estas calles.

Alexander miró extrañado hacia la ventana. Esa opción era mejor que seguir contemplándola. ¿Dónde estaban? ¿Hacia dónde iban? A la mansión seguro que no. Se asomó ligeramente por la ventana.

—Pierre, ¿por dónde nos lleva?

Una fuerte sacudida le hizo tambalearse dentro del carruaje. Isabella lanzó una exclamación tratando de mantenerse sentada con gran esfuerzo ante la velocidad que el carruaje había tomado de repente. El sonido de los cascos acelerados de los caballos los rodeó. Los baches en el suelo les dificultaban mantenerse en equilibrio. Cada vez iba más rápido. ¿Qué estaba pasando? El miedo en los ojos de la joven, lo llenaron de rabia mientras trataba de mantenerse sereno.

¿Iban a atracarles? ¿A plena luz del día? Con la velocidad que llevaban podrían incluso tener un accidente con fatales consecuencias. No iba a esperar a conocer la respuesta. No había tiempo que perder. Se sentó junto a Isabella invadiendo totalmente su espacio. Miró por la ventana. Estaban en las afueras. No podían esperar mucho más. Cuanto más se alejaran de la ciudad más peligroso sería lo que pudiera sucederles.

Isabella, asustada, se apoyó en él.

—Vamos a saltar —le indicó con seguridad.

—¿No será peligroso?

—Esperar al desenlace puede ser peor. Abrácese a mí con fuerza.

Isabella asintió, aterrada. No le dio tiempo a pensar. Pasó sus brazos por el cuello mientras él la rodeaba por la cintura y abrió la puerta antes de encomendarse a Dios. Isabella cerraba los ojos con fuerza y se aferraba a él, con miedo y confianza. Notó un fuerte impacto cuando cayeron al suelo. El impulso les hizo rodar. Se convirtieron en una maraña de polvo, golpes y arañazos.

Alexander soltó el aire que había estado reteniendo cuando notó su magullada espalda en el suelo y a la joven abrazada fuertemente contra él. Vio cómo el carruaje continuaba su curso en su infernal carrera. ¿Qué había sido eso?

—¿Está bien?

Isabella sintió los ojos cubiertos de lágrimas antes de asentir. Estaba apoyada sobre su pecho. Él empezaba a aflojar su abrazo, pero ella era todavía incapaz de soltarse.

—¿Está bien? —repitió preocupado.

Isabella asintió con un nudo en la garganta, temblorosa. No se sentía con fuerzas para moverse. Con cuidado, Alexander la hizo a un lado para incorporarse. Ella le imitó. Sentía su cuerpo dolorido y polvoriento.

—¿Qué ha ocurrido?

—Creo que podríamos haber sido víctimas de un robo.

Isabella lo miró sorprendida.

—¿A plena luz del día?

Alexander asintió antes de acariciarle la mejilla cubierta de polvo con suavidad. El

cabello se le había soltado y caía despeinado sobre su pecho. Ella sintió cómo el roce de sus dedos quemaba su piel. Se mantuvieron la mirada por unos segundos, en silencio.

—Vamos —suspiró él rompiendo la intimidad del momento—. Volvamos a casa.

Se levantó y le tendió la mano para ayudarla a que se pusiera de pie. Isabella aceptó su mano, sintiendo su calidez y fortaleza. Se sacudió el vestido incómoda, dolorida y vulnerable.

—Creí que íbamos a tener un accidente.

—Supongo que, a esa velocidad, lo hubiéramos tenido.

Isabella se estremeció asustada.

—Pero... ¿por qué?

Alexander dio un paso hacia ella, obligándose a mantener más distancia de la que hubiera querido.

—A veces estas cosas pasan. Es mejor no pensar en ello.

—El cochero...

—Dudo de que fuera Pierre. Vamos. Tendremos que caminar un buen rato, pero en cuanto lleguemos a la ciudad alquilaremos un carruaje que nos acerque a casa.

Isabella asintió insegura y obediente. Esperaba que sus piernas dejaran de temblar en cuanto comenzaran a caminar.

—Su padre se asustará si tardamos mucho.

Alexander la miró de reojo. Quizá se asustara si ella no aparecía, pero por él, tenía claro que no sería así. Aunque compartían el mismo techo, llevaban vidas independientes.

—Probablemente...

—No parece que confíe en ello.

—Mi padre y yo mantenemos las distancias. Parece ser un requisito para mantener un mínimo de cordialidad.

—Pero usted heredará su título.

«Y su fortuna», se dijo evitando expresarse en voz alta. Ella debería haber contraído matrimonio con él, no con su padre.

—¿Es feliz?

—¿Cómo dice?

—Me ha oído perfectamente.

Isabella bajó la mirada ruborizada. ¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Qué quería saber exactamente?

—Mi padre eligió por mí —le confesó intuyendo que él ya lo habría supuesto—. Yo no tuve elección.

—Creí que había asistido a los bailes para poder hacerlo. Tengo entendido que no fue su primera temporada.

Isabella se encogió de hombros. No quería hablar del tema. Le era incómodo. No solo por el motivo desesperado del matrimonio sino porque hubiera preferido por encima de todas las cosas que su esposo fuera él.

—Eso ya no importa. Estoy casada y Charlotte no tendrá prisa para encontrar esposo.

—¿Acaso usted la tenía? Es joven y bonita. Hubiera tenido muchas más oportunidades.

—Solo necesitaba una.

—¿Y si yo hubiera llegado antes que mi padre? ¿Hubiera tenido esa oportunidad?

Isabella siguió caminando incómoda por el rumbo de la conversación.

—Yo no tenía nada que decir. Ya le he dicho que era mi padre quien tomaba la decisión.

—¿Su padre? ¿Eso hará usted con sus hijos? Decidir por ellos.

—Yo no tendré hijos.... Es decir... Eh... Sí, eso. No tendré hijos.

Alexander evitó mirarla. Por lo visto su padre tenía razón acerca del celibato que mantenía con respecto a ella.

—¿Y no quería tenerlos? Dudo mucho de que mi padre no pueda...

—Por supuesto que sí —le interrumpió ruborizada—, pero su padre fue claro al respecto. No necesita más herederos.

—Por eso me los pide a mí —musitó con desgana.

—Supongo que así la fortuna no se divide y se mantiene íntegra en la familia.

—¿Qué clase de vida la espera sin hijos? —insistió.

Isabella se encogió de hombros.

—Una vida tranquila.

—¿Eso es lo que desea?

«¿A quién le importaba eso?» pensó molesta por su responsabilidad como primogénita.

Un carruaje en la lejanía, dirigiéndose a ellos, los interrumpió haciendo que levantaran la cabeza y se centraran en él.

—Parece ser que estamos de suerte —sonrió Alexander al reconocerlo.

Isabella suspiró aliviada. Iban a evitarse una buena caminata.

El carruaje oscuro se detuvo al llegar a ellos. Un hombre delgado, de ojos oscuros y nariz aguileña se asomó por la ventana preocupado.

—Alexander, ¿qué haces caminando por aquí? ¿Ha ocurrido algo?

Alexander sonrió afectuoso a su viejo amigo.

—Tuvimos un contratiempo, Nathaniel. No sabía que habías vuelto.

Les abrió la puerta para que pudieran subir y acomodarse junto a él. Alexander ayudó a subir a Isabella que se sentó frente al elegante desconocido. Nathaniel indicó al cochero la dirección a la que debían dirigirse para llevarlos hasta su casa.

—Lady Isabella, le presento a Nathaniel Davenport, conde de Elmwick. Ella es la nueva duquesa de Everleigh.

—¿Tu padre ha fallecido? No lo sabía —le aseguró después de saludar a la joven, mientras él se acomodaba a su lado.

—No, no ha fallecido.

—¿Ya has heredado el título?

—No, claro que no. Isabella es esposa de mi padre —la acarició con la mirada, arrastrando las palabras.

—Mis disculpas, lady Isabella. Llevo mucho tiempo fuera y temo no estar al corriente de las últimas noticias.

Isabella lo disculpó con una sonrisa amable.

—¿Qué te ha hecho regresar? —le preguntó Alexander.

—Me cansé de sentirme culpable o de que la sociedad creyera los rumores que corrieron sobre mí.

—¿Vas a limpiar tu nombre? ¿Averiguarás lo sucedido?

—Dudo mucho de que se pueda averiguar nada. La policía no encontró indicios de que Hortense estuviera acompañada la noche que... falleció.

—El duelo justificará tu ausencia.

—Sabes tan bien como yo que entre los círculos londinenses se me condenó culpable.

—Tú mismo has dicho que no hay indicios de que tu esposa estuviera acompañada.

—No sé lo que ocurrió —se encogió de hombros preocupado—, pero no creo que pueda

averiguar nada al respecto. ¿Y vosotros? ¿Qué hacíais por estos parajes, si puede saberse?

Alexander mantuvo la mirada a su amigo. Se alegraba de que fuera él quien los hubiera encontrado para evitar los rumores que podrían desatarse si alguien los hubiera visto a solas, y en esas condiciones, en las afueras de Londres.

—Tuvimos que saltar del carruaje. Alguien debió golpear a Pierre y ocupó su lugar, supongo que con intención de robarnos.

—Hay que tener cuidado incluso a plena luz del día —asintió preocupado.

Isabella los escuchaba en silencio, observando sin apenas disimulo a Alexander. Le gustaba su cordialidad, su sonrisa amable y lo que le hacía sentir. Ahogó un gemido, disgustada. Por lo menos, la convivencia entre los dos era tranquila. Solo debía obligar a su corazón a mirarlo con indiferencia.



—¿Qué ha ocurrido? —les preguntó el duque extrañado al verlos llegar a la mansión en tan lamentables condiciones.

Se dirigía al comedor cuando la puerta se abrió y entraron con gesto de alivio. El cabello de Isabella caía suelto y alborotado y la ropa de ambos estaba cubierta de polvo.

—Alguien robó el carruaje y nos sacó de Londres. El conde de Elmwick nos encontró y nos acercó hasta aquí.

El duque los miró con desconfianza.

—No sabía que hubiera vuelto después del asesinato de su esposa —miró a Isabella, serio.

—Jamás lo juzgaron por eso.

—¿Y puedo saber qué hacíais juntos y a solas?

Isabella se ruborizó incómoda. Alexander lo miró con el ceño fruncido.

—Encontré a Isabella en el parque. Compartimos el carruaje...

Una de las puertas del recibidor se abrió interrumpiéndoles. El preocupado cochero, llegó hasta ellos, nervioso, retorciendo su gorra con las manos.

—Discúlpeme, señor —les explicó arrastrando su leve acento extranjero mientras se llevaba una mano a la cabeza—. Me golpearon por detrás. Cuando desperté en el suelo vi que me habían robado el carruaje.

El duque asintió inexpresivo.

—¿Está bien, Pierre? —le preguntó Alexander, preocupado.

El hombre joven de cabello alborotado asintió con la mirada baja.

—Puede retirarse —le ordenó el duque—. Y preste más atención a partir de ahora. Podría haber ocurrido algo grave.

Isabella dio un paso atrás cuando el cochero se giró para retirarse. Fruncía el ceño y apretaba los labios con fuerza. Su gesto se suavizó al verse sorprendido por su mirada. Sintió cierta compasión por él. También había sido una víctima de lo sucedido, aunque el duque no lo hubiera reconocido como tal.

—Bien. Espero que adecentéis vuestro aspecto antes de compartir la mesa.

Isabella se ruborizó incómoda y pidió permiso para retirarse. El duque asintió serio ante la atenta mirada de Alexander, que se dirigió a su padre en cuanto se quedaron a solas.

—Creo que has sido innecesariamente duro con tu esposa.

—No recuerdo que le haya dicho nada.

—Por eso mismo. Ha sufrido un accidente. Tuvimos que saltar del carruaje. Podría haberse partido el cuello.

El duque le mantuvo la mirada desafiante.

—Afortunadamente, eso no ha ocurrido. Hubiera tenido que justificar qué hacía mi esposa, la duquesa, con mi propio hijo.

Alexander lo miró serio.

—¿Qué sugieres, padre? No sé si ofenderme o vanagloriarme por considerarme capaz de arrebatarte a tu esposa.

—No lo harías, pero ya sabes lo poco que me gusta perder el tiempo con asuntos tan irrelevantes. De todas maneras, viendo tu falta de interés o de atención para encontrar una esposa propia, te comunico que esta noche celebraremos una cena en casa.

—¿Una cena?

—Sí, lord Bristol, lord Chandler y lord Marleigh asistirán con sus respectivas familias.

—Todos tienen hijas. Aprecio tu interés en ayudarme a encontrar esposa, padre, pero puedo hacerlo sin tu ayuda.

—Me estás haciendo dudar al respecto.

Alexander decidió no responderle y se retiró de su presencia para asearse antes de la comida. No tenía mayor interés en encontrar esposa, aunque quizá fuera la mejor solución para olvidarse de Isabella.



Isabella apenas podía disfrutar de la inesperada, pero succulenta, cena que estaba teniendo lugar en el comedor de la mansión. Sentía el cuerpo dolorido por la caída y las superfluas conversaciones que se estaban manteniendo no le interesaban en absoluto. No le importaba el regreso a Londres del conde de Elmswick, que les había socorrido esa mañana y al que culpaban del fallecimiento de su esposa, ni la identidad de la dama enmascarada que ofrecía breves recitales de piano en las fiestas a las que había dejado de acudir tras su matrimonio.

Alguna vez su mirada se encontraba con la de Alexander, sentado en el lugar más alejado de la mesa. La conversación entre ellos era imposible. Se limitaba a mirarlo de reojo y a verlo hablar ininterrumpidamente con la bonita mujer que tenía sentada a su derecha. El duque, sentado a su lado resultó un conversador animado con el hombre que tenía frente a ella. Isabella escuchaba sobre sus negocios y nuevas vías de expansión. Creía que ese tipo de conversaciones tenían lugar tras la cena, pero era evidente que ambos hombres disfrutaban de su encuentro, tanto como Alexander de la compañía femenina.

«Esa sería su vida», se señaló ahogando un suspiro y centrándose en el plato que tenía frente a ella: casada con un hombre que no la valoraba más que como objeto decorativo y mirando a otro que no tardaría en encontrar esposa. Esperaba que, por lo menos, cuando

contrajera matrimonio no vivieran bajo el mismo techo.

Tras la cena, la reunión se trasladó al salón de invitados. Con una fingida y constante sonrisa en su rostro, Isabella procuraba asentir, como si le interesara, a las conversaciones que surgían junto a ella. No le importaban las dudas de si la hija del barón Bowman se había casado con un descendiente de un vizconde o con su hijo, ni si un tal lord Avery era un seductor libertino, pero aguantó estoica como sabía que debía hacer.

Alexander miraba de vez en cuando a Isabella. Le daba la impresión de que su sonrisa fingida enmascaraba el dolor de su cuerpo por el accidente del carruaje y el aburrimiento que sentía y a él le resultaba evidente. El resto de las damas invitadas no dejaban de hablarle, buscar su atención, pestañear coquetas y sonreír. Ella se limitaba a permanecer en silencio, asintiendo condescendiente.

Un poco más tarde, en cuanto los invitados se fueron y se quedaron a solas, Isabella, cabizbaja, murmuró una despedida y subió las escaleras.

Alexander la siguió con la mirada antes de dirigirse a su padre.

—¿No podías haber esperado a celebrar la cena en otro momento? Tu esposa no parece haberse repuesto del accidente del carruaje.

—Pero lo ha disimulado bien. Lo que parece es que no puedes dejar de prestarle atención pese a lo bien acompañado que has estado esta noche. Tenías donde elegir y no lo has hecho, ¿o sí?

Alexander le mantuvo la mirada con la misma frialdad que recibía.

—Agradezco tu interés en ayudarme a encontrar esposa, padre, pero no me someteré a tus deseos. Soy tu heredero y tengo tiempo suficiente para casarme y tener descendencia.

—Espero que lo hagas.

Con un leve gesto de cabeza a modo de despedida, Alexander se retiró a su dormitorio. Sin posibilidad de desposar a Isabella no tenía prisa alguna en contraer matrimonio, aunque mantenerse bajo su mismo techo, tampoco iba a facilitar que la olvidara.

Isabella suspiró aliviada cuando la doncella tras ayudarla a desvestirse la dejó sola. Se metió en la cama con un gemido. Su cuerpo estaba más dolorido de lo que suponía. Parecía que casi tanto como su corazón. El descanso aliviaría lo primero, el tiempo, quizá, lo segundo.

Se giró en la cama, buscando una postura medianamente cómoda, y metió la mano bajo la almohada para apoyar la mejilla. Notó algo rugoso. Se incorporó extrañada. Se alumbró con la pequeña lamparita que había sobre la mesilla y sacó el pedazo de papel. La misma letra torcida que ya había visto antes.

«Esta vez te has librado».

Un escalofrío recorrió su espalda. ¿A qué se refería? ¿Al accidente de esa mañana? Contuvo el aliento, atónita. Miró a su alrededor insegura. ¿No había sido un accidente? ¿Alguien entraba en su dormitorio a dejarle amenazas?

Soltó el papel como si quemara sus dedos. Se levantó y corrió hacia la puerta asustada, mientras un sudor frío la bañaba. Se detuvo al llegar a ella. ¿Dónde iba a ir? Miró a su alrededor. El eco del silencio la rodeó. Parecía estar sola. Fue hacia la silla del tocador y la colocó en la puerta atrancándola como solía hacer en su casa cada vez que ella y Danielle discutían con Charlotte o Sophie.

¿Sería Alexander? ¿Por qué? Iba en el carruaje con ella. Si pretendía matarla, ¿por qué la había salvado? Podría haber saltado solo del carruaje y haberla dejado a su suerte, pero no había sido así. La había rodeado con sus brazos y evitado los golpes que podría haberse dado.

No lo comprendía. Si no había sido Alexander, ¿quién buscaba que ella desapareciera?

¿Alguna de las invitadas de esa noche? Ninguna de las mujeres había sido especialmente atenta con el duque. Había pasado la noche hablando con los hombres sobre negocios ignorándolas a todas.

Hacía frío. Llegó hasta la cama y se envolvió con el cobertor, incapaz de relajarse. Volvió a mirar el papel, estremeciéndose. Lo guardó junto con el otro, en el fondo del armario, como si jamás lo hubiera visto y se sentó, dolorida, intranquila y desconfiada, en el rincón más alejado de la puerta, pero con vistas a ella. Si alguien entraba para matarla esperaba verlo de frente.

¿Qué podía hacer al respecto? ¿Con quién podía hablar de ello? Quizá solo fuera alguien tratando de asustarla para que se marchara de allí. Con gusto lo haría, gimió abatida. Por lo menos, con su matrimonio, su familia habría recuperado la fortuna perdida.



Alexander se despertó más temprano de lo esperado tras la velada de la noche anterior. No iba a prescindir de su paseo a caballo. Necesitaba ejercicio físico para dejar de pensar en Isabella y compararla con el resto de las mujeres con las que podía contraer matrimonio. Durante la velada organizada por su padre, no había podido dejar de hacerlo. Todas las damas quedaban opacadas a su lado. Su belleza, su porte, su encanto... ¿por qué sus padres habrían aceptado al primer pretendiente?

Aún sentía su cuerpo ligeramente dolorido por el accidente del carruaje, pero no era excusa para no ejercitarse. Esperaba que Isabella se sintiera mejor.

Obligarse a olvidarla le estaba resultando un esfuerzo absurdo, así que dejaría que el tiempo actuara a su favor y le ayudara a encontrar otra dama para sustituirla. Mientras tanto... La aparición de su padre saliendo de la biblioteca llamó su atención.

—Te has levantado muy pronto, hijo.

—Necesito despejarme.

—¿Acaso has pasado la noche pensando en las damas que acudieron ayer a la cena? Cualquiera podría ser una buena candidata como esposa. Te recuerdo que necesitas un heredero.

—¿Es que piensas morir pronto? Porque te recuerdo que entonces todo será mío y hasta que yo fallezca, tengo tiempo de sobra para tener media docena de hijos.

—Con que tengas uno, vale. Como señalas, me gustaría morir con la confianza de que vas a mantener nuestro legado.

—¿Y qué te hace pensar que no será así?

—No parece tener mucho interés en contraer matrimonio. Creo recordar que habías manifestado tu intención de hacerlo esta temporada.

Alexander le mantuvo la mirada, molesto.

—Quizá debiste recordarlo antes de sacar a Isabella del mercado.

—¿Isabella? Es perfecta, ¿verdad? Era su tercera temporada. Supongo que sus padres la aleccionaron para que dejara de rechazar pretendientes y más cuando una de sus hermanas también se presentaba en sociedad. Yo era el mejor candidato.

—Yo también hubiera servido.

—Ya sabes cuanto me gustan los objetos bellos.

—¿Estamos hablando de mujeres o de tus colecciones de arte?

—Es lo mismo. Una adquisición es una adquisición. Además, tú hubieras seguido las normas y te hubieras tomado tu tiempo para cortejarla dando tiempo a que cualquiera te la robara.

—¿Acaso tú tenías alguna urgencia? ¿Cuál era tu necesidad?

El duque sonrió con ironía.

—Ella tenía más necesidad que yo. Simplemente la aproveché.

—¿La compraste?

—Podría decirse que sí.

Alexander lo miró extrañado. ¿Isabella se había casado por necesidad? Su familia era acaudalada y tenía diferentes propiedades. Las suficientes para no tener que obligar a las cuatro hijas a matrimonios forzosos o concertados para mantenerse. Aun así, algo en su mirada cínica no le convencía.

—¿Cuánto pagaste por ella? No he visto ninguna transacción en las cuentas.

—Ella tenía prisa por conseguir el dinero —reconoció orgulloso—. No he dicho que yo la tuviera por pagar.

—¿Me estás diciendo que prometiste a los Ashworth una cantidad de dinero por Isabella y aún no se la has hecho llegar?

El brillo divertido en la mirada de su padre le respondió por adelantado.

—Podría ser.

—Por eso estuvo su padre aquí hace unos días.

—Quizá —le confirmó dándole la espalda y dirigiéndose al comedor.

—Padre...

—No es de tu incumbencia.

—Tu palabra o incluso tu apellido, el mío, está en juego —le recordó siguiéndole con el ceño fruncido.

—¿A quién van a creer?

—No es honrado.

—Jamás dije que yo lo fuera.

—Padre...

—No tiene quejas y sigue intacta, inmaculada, tal como llegó aquí. Creo que eso la hace aún más perfecta.

Alexander parpadeó incrédulo. ¿No se había acostado con ella? ¿Qué sentido tenía desposar a la mujer más bella de la temporada y no hacerla suya? Era sencillo imaginársela entre sus brazos, con el cabello suelto sobre la almohada, desnuda, vulnerable, dispuesta... Ahogó un improperio ante la rabia que sentía. No sabía qué le molestaba más. No dejar de pensar en ella o la falta de honestidad de su padre que, probablemente, tuviera consecuencias.

—¿La noche de bodas? Las doncellas hablan y...

—Bah... Hay que darles temas de conversación y guardar las apariencias. Pero te repito que no es de tu incumbencia.

Alexander lo miró furioso. La prepotencia y arrogancia de su padre, otorgada por su inmensa fortuna, le resultaba a menudo insoportable.

—No quiero problemas, y no creo que Isabella o su familia, si es que es cierta su necesidad, los busque ni los merezca. Cumple con tu palabra, padre.

—¿Y si no?

—Tendré que hacer algo al respecto. También es mi apellido el que está en juego.

El duque sonrió con ironía.

—Por eso mismo. Deberías casarte con Lady Micaela. Anoche parecía más que dispuesta a desposarse contigo y un heredero...

—¿Otra vez? Voy a salir a cabalgar. Creo que cualquier plan es más apetecible que estar bajo tu techo en este momento.

Caminó furioso, dando grandes zancadas. Isabella había contraído matrimonio por algún tipo de necesidad. Eso podría justificar la rapidez con la que todo había sucedido, pero que su padre no cumpliera con su parte del trato no tenía justificación.

No era la primera vez que faltaba a su palabra. Era algo vergonzoso y de dominio público en los círculos sociales. Tan conocido como el placer que sentía al humillar, menospreciar y someter a quien necesitaba de él. La rabia le consumía. Su título parecía perdonar siempre su comportamiento, pero todo tenía un límite e Isabella iba a ser ese límite. Estaba decidido a ello, a protegerla de su propio padre si hacía falta.

Llegó al establo tan lleno de ira y de impotencia, a la vez, que no se molestó ni en saludar a Pierre ni al joven con el que estaba hablando.

Sin duda, el paseo a caballo le vendría bien para distraer su mente y relajar su rabia.



Alexander, despeinado, polvoriento y dolorido, frunció el ceño preocupado al descubrir la astilla alojada en la montura de su caballo y que había ocasionado una herida sangrante en la grupa. No era de extrañar que se hubiera mostrado inquieto, nervioso y agitado hasta que finalmente se había desecho de él.

Afortunadamente, la caída que había sufrido no había tenido consecuencias más allá del aspecto que presentaba y quizá alguna fisura interna, pero algo tenía claro: su accidente no había sido circunstancial.

Alguien había colocado esa astilla allí para que sucediera lo que inevitablemente había sucedido, pero ¿quién?

El cochero y otro de los sirvientes entraron en el establo en ese momento y se dirigieron a él, visiblemente aliviados.

—Estábamos preocupados, señor. Nos asustamos cuando el caballo apareció solo —le explicó Pierre—. Enviamos una partida de sirvientes en su busca.

Alexander agradeció el gesto con un leve asentimiento de cabeza. No quiso compartir sus sospechas o los indicios de lo que había descubierto. No sabía quién se encontraba detrás de ese accidente, pero tenía claro que no había sido fortuito.

—Gracias, Pierre. Puede avisarles de que no ha ocurrido nada y ya estoy en casa. Me distraje por un momento.

De reojo, los siguió con la mirada hasta que se quedó solo y el ceño fruncido volvió a su rostro. Acarició al animal con firmeza. Llamaría al veterinario para... el sonido de unos pasos apresurados le hizo mirar hacia la puerta. Isabella se detuvo a pocos pasos de él, apretando los puños. Parecía haber estado a punto de apoyar las manos en su pecho. Le sorprendió su prisa tanto como sus ojeras y su expresión preocupada.

—¿Está bien? —le preguntó Isabella con una extraña pesadumbre impregnada en su voz.

—Sí. Solo ha sido un accidente.

Suspiró aliviada mientras su corazón palpitaba con fuerza. Sus piernas parecieron debilitarse. Las lágrimas de angustia, retenidas desde que se había enterado de que el caballo había regresado sin montura, amenazaron con salir. Desvió la mirada para que no las apreciara.

—¿Se encuentra bien, Isabella?

Ella lo miró reflexiva antes de negar con la cabeza. ¿Debía fingir delante de él? El miedo y la incertidumbre la estaban ahogando. Se hubiera refugiado en sus brazos y lo habría acogido a él entre los suyos para celebrar que estaba vivo.

—Estaba asustada... preocupada por usted.

—Fue un accidente —le repitió consciente de que mentía por no inquietarla más de lo que estaba.

Ella se acercó un paso más hacia él, mirando insegura a su alrededor para confirmar que estaban solos.

—¿De verdad? —susurró intranquila.

Alexander la miró extrañado. El roce de su falta en su pantalón lo distrajo por unos instantes.

—Sí —respondió poco convincente—. ¿Por qué lo dice?

Isabella, con las manos temblorosas, sacó del discreto bolsillo de su vestido las dos notas anónimas que había recibido y se las mostró. Alexander se irguió ligeramente. La tenía demasiado cerca. Eso y su discreto perfume podían nublarle la razón y cometer alguna tontería como tomarla entre sus brazos y... Se fijó en lo que le estaba enseñando.

—Al principio no le di importancia. Creía que eran cosa suya, pero después del accidente del carruaje de ayer y lo que le ha pasado hoy, no sé qué pensar.

Él la miró extrañado antes de leer los mensajes que le mostraba.

—Tampoco sé en quién confiar ni cómo actuar —se sinceró ruborizada.

—¿Creía que había sido yo?

—El primero de los mensajes, sí. Usted es el heredero del duque. Yo no le voy a quitar la herencia. Ni siquiera tendré un hijo de él, pero usted no tenía por qué saberlo —le confesó incómoda—. Pensé que era lo que le preocupaba, pero ayer, usted estaba conmigo. Podíamos haber muerto los dos. Y hoy usted...

Alexander le mostró en silencio la herida del caballo y la astilla que todavía llevaba en la mano. Isabella abrió los ojos asustada. El miedo recorrió su cuerpo bañándola en un sudor frío. Sus manos se aflojaron dejando caer las notas al suelo. Su respiración se agitó.

—No ha sido un accidente.

El negó en silencio. Recogió las notas del suelo, las dobló y guardó en uno de sus bolsillos. La miró apesadumbrado. El miedo se reflejaba en el semblante de la joven. La hubiera abrazado para asegurarle de que no iba a sucederle nada. Él no lo permitiría. La protegería con su vida si fuera necesario. La tomó con suavidad del brazo y la condujo hasta fuera del establo.

—Demos un paseo.

Isabella se dejó llevar, tratando de recobrar la compostura. Caminaron en silencio unos pasos, lejos de paredes que pudieran escuchar. Llegaron hasta uno de los jardines de la mansión desde donde se podían observar los accesos a su propiedad. Si alguien quería librarse de ellos, sin duda estaría cerca, observándolos.

—Recoja flores.

—¿Cómo?

—Disimule. Recoja flores sin mirarme para que podamos hablar sin levantar sospechas.
Isabella obedeció intranquila.

—Que yo ayer estuviera en su carruaje podía ser circunstancial porque usted había ido sola a Hyde Park y así podría haber regresado, pero la herida de hoy en mi caballo es evidente. Alguien quiere eliminarnos a ambos.

Las lágrimas nublaron los ojos de Isabella, que seguían fijos en las pequeñas flores blancas que la rodeaban.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Quizá su padre ha enfadado a alguien que quiere vengarse de él a través de nosotros?

Alexander la miró pensativo. Realmente, ellos dos no tenían nada más en común. ¿Quizá su padre había faltado a su palabra con alguien dispuesto a cobrarse la deuda con sus muertes? Sintió vergüenza y rabia ante la irresponsabilidad de su progenitor y la angustia a la que estaba sometiendo a la familia de su esposa. Si se comportaba así con ellos, podría esperarse cualquier cosa.

—Mi padre no siempre suele faltar a su palabra —trató de justificar lo injustificable—. Es imprescindible para mantenerse en los negocios. Pero lo que está claro es que alguien quiere vernos muertos.

Isabella se estremeció y volvió a bajar la mirada hacia las flores para disimular el motivo de su conversación.

—¿Su padre no ha recibido ninguna amenaza? Es quien realmente tiene el título y el dinero.

—No que yo sepa, pero hablaré con él. ¿Cuándo recibió los mensajes?

—El primero, al poco de llegar. El segundo, anoche tras la cena. Quizá alguno de los invitados... o invitadas...

—¿Invitadas? ¿Por qué iban a hacer eso?

—No lo sé. Quizá alguna quiera convertirlo en su esposo y tema que yo...

Le miró al sentir su mirada en ella. Estaban demasiado cerca y la atracción entre ellos parecía envolverles.

—Eso no justificaría lo que me ha sucedido hoy.

—¿No deberíamos contárselo al duque?

—Cuanta menos gente sepa lo ocurrido, mejor.

—Pero ¿quién gana con nuestra... muerte? Si a nosotros nos sucediera algo, todo seguiría en manos de él.

—Me está buscando esposa para perpetuar el apellido y el título.

Isabella lo miró resentida, apretando los labios. Tendría que verlo compartir su vida con otra mujer bajo su mismo techo.

—Le hubiera pedido matrimonio si no lo hubiera hecho él —le susurró manteniéndole la mirada—. Fui a su casa para ello.

—Le habría contestado que sí..., pero mi padre no podía esperar —Desvió la mirada avergonzada por admitir en su presencia la atracción innegable entre ambos.

—Mi padre me puso al corriente de la situación familiar—reconoció sin querer confesar que se vanagloriaba de la angustia a la que los estaba sometiendo.

—Hubiera hecho cualquier cosa por salvar a mi familia de la ruina en la que... —le confesó—. Era mi obligación. Charlotte, ahora, no tendrá prisa por contraer matrimonio y mis hermanas...

—¿Ha hablado con sus padres al respecto?

—Por eso fui a Hyde Park. Quería asegurarme de que todo iba bien al ver a mi padre por aquí con gesto angustiado, pero no me contaron nada. Supongo que no querían preocuparme, pero no sé si mi padre ha adquirido más deudas. Espero que no.

—Eso no nos dice nada acerca de quién quiere acabar con nosotros. Con los dos.

Isabella ahogó un gemido apretando con fuerza el tallo del ramillete de flores que tenía entre sus manos.

—De momento, lo mantendremos en secreto y estaremos con los ojos bien abiertos. Avíseme si recibe alguna otra nota y no se exponga innecesariamente. Procure no estar sola y si necesita salir y mi padre no la acompaña, yo lo haré.

Le mantuvo la mirada con firmeza. La abrazaría para consolarla y garantizarle con jamás le pasaría nada si él estaba cerca. No sabría si podría cumplir esa promesa, pero haría todo lo posible para que así fuera, aunque tuviera que conformarse con verla como la esposa de su padre. Contuvo su impulso con gran esfuerzo y desvió la mirada hacia la casa. Deberían permanecer atentos si querían seguir con vida.



Un par de noches más tarde, a la hora de la cena, Isabella se reunió con el duque y Alexander en el comedor. Ambos se habían ausentado por algún tipo de negocio, dejándola sola, por lo que apenas había salido de su dormitorio. Aunque el aburrimiento era grande no quería exponerse a ningún tipo de accidente.

Alexander ahogó un gemido cuando la vio ocupar su sitio en la mesa. La preocupación y la falta de aire libre estaban empezando a hacer mella en ella. Sus ojos no brillaban y su sonrisa era demasiado fingida.

Le molestaba hasta que su padre la mirara, cuando sabía que incluso podrían compartir la cama juntos con pleno derecho. No podía digerir esas imágenes que se dibujaron en su mente.

Tomó la copa de vino. Necesitaba un trago para liberarse de ese mal sabor de boca. Un fuerte olor medicinal golpeó su nariz antes de que el líquido rosado rozara sus labios. Se quedó paralizado mientras una oleada de rabia tensaba su cuerpo.

Se fijó en que nadie más hubiera bebido. Su padre tomó su copa para alzarla en un brindis.

—No bebas, padre.

—¿Cómo? —preguntó el aludido.

—La bebida está adulterada.

El duque lo miró con el ceño fruncido llevándose la copa a los labios. El olor era fuerte y totalmente distinto a lo esperado. Le mantuvo la mirada a su hijo antes de fijarse en Isabella, que era la única que no había tocado su copa.

—Jamás conseguirás mi fortuna, pequeña arpía. No voy a darte un heredero. Creí que había quedado claro —siseó con una mirada fiera y amenazadora.

Isabella contuvo la respiración asustada ante sus inexplicables y duras palabras y su actitud de violencia contenida. Miró a Alexander sin comprender. Los vio a ambos con la copa

en la mano. ¿De qué la estaban acusando?

—¿Quién eligió el vino? —preguntó el duque a la sirvienta que esperaba junto a la puerta su orden para retirarse.

—Es el vino que la duquesa eligió para acompañar las cenas el día que llegó aquí.

Isabella abrió la boca, sorprendida y angustiada. Era uno de sus deberes como esposa. Miró a Alexander. No podía ser que él creyera que...

Con un fuerte e inesperado bramido, el duque lanzó la copa contra la pared mientras se levantaba haciendo caer estrepitosamente la silla.

—¡Todos, fuera! —ordenó a los sirvientes mientras se dirigía a Isabella y la sujetaba por el cuello, impidiéndole respirar, clavándole la mirada y reflejando en ella toda la rabia que sentía.

Isabella se llevó las manos a su cuello mientras Alexander se acercaba a ellos, rápido, tirando la silla al hacerlo. Conocía la firme determinación de su padre. Podía acabar con ella si apretaba las manos solo un poco más. Le dio un puñetazo que le hizo trastabillar y soltar a su presa.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Isabella mientras trataba de huir de su esposo haciendo grandes esfuerzos por volver a respirar. Alexander la sujetó por el brazo colocándose delante de ella cuando su padre, repuesto de su sorpresa, los encaró dispuesto a arremeter contra ellos.

Alexander apoyó la mano en el pecho de su padre impidiendo su avance.

—Ella no ha sido.

—Quita de en medio.

—Yo no... —todavía le costaba hablar.

—¿Crees que la mejor manera de que le dé el dinero a tu familia es envenenándome?

Isabella le miró extrañada, manteniéndole la mirada mientras bajaba la mano de su cuello y se la llevaba al pecho.

—¿No se lo ha dado todavía? —. Dio dos pasos atrás confundida—. ¿Y a qué está esperando? Sabe que era urgente.

—Las prioridades de su familia no son las mías, pero de ninguna manera justifica que quiera envenenarme. Si lo hiciera, todo lo mío pasaría a mi hijo y él no tiene por qué cubrir las deudas que yo haya contraído.

Isabella pasó la mirada del duque a su hijo, que no parecía sorprendido por su revelación.

—¿Sabía que todavía no había dado el dinero a mi familia?

Él asintió apretando los labios. No le gustó la desconfianza y el desprecio que reflejó su mirada, pero ya no había remedio para eso.

Isabella los miró aturdida, queriendo distanciarse de ambos.

—Dios mío, no sé dónde estoy viviendo. Quiero irme de aquí.

—Es mi esposa.

—No, si usted no cumple el trato.

El duque dio un paso hacia ella provocando que Alexander también lo hiciera intercediendo entre ambos, amenazador.

—¿Qué va a ganar si se va? ¿Deshonra? ¿Vergüenza? Toda la sociedad sabrá de la ruina de su familia o incluso que es una mujer utilizada y despreciada. No podrá volver a los círculos sociales. Será repudiada. Ningún hombre la tomará como esposa si a todo eso sumamos su intento de envenenamiento.

Isabella parpadeó negando con la cabeza, incrédula. No podía ser cierto lo que le estaba ocurriendo, sin embargo, sus palabras podían tener razón. ¿Podría su familia soportar todo ese

escándalo? Dio un paso atrás sin saber qué hacer.

Alguien había intentado matarla y probablemente no desistiría hasta conseguirlo. Sus padres no habían conseguido el dinero por su matrimonio, lo que les abocaba al escándalo de la misma manera cuando su ruina económica fuera pública. Charlotte no podría encontrar esposo... Ahogó un gemido impotente.

—Yo no he hecho nada...

Alexander fue hacia ella, poniendo la mano en la puerta para evitar que saliera.

—Piénselo bien, Isabella.

—No tengo nada que pensar. Me casé a cambio de una suma considerable, no lo voy a negar, pero él aceptó para después romper su palabra.

—No he roto mi palabra. No había plazo de tiempo fijado, joven. Su padre fue muy confiado.

—Mi padre estaba desesperado.

—Ese es su problema. Jugar es arriesgado. Puedo darle el dinero cuando me plazca, pero si sale por esa puerta no lo verá jamás. La repudiaré en público, humillará a su familia y condenará al ostracismo a sus hermanas, si es que tenían alguna posibilidad de encontrar esposo.

Ella paseó la mirada del uno al otro, casi sin aire.

—Yo...

—De todas maneras, padre —intercedió Alexander—, ese no es el tema que nos ocupa en este momento. Alguien ha intentado matarnos.

—Ella —la acusó amenazador con el dedo.

Isabella levantó la cabeza altiva, con el poco orgullo que le quedaba.

—Yo no he sido. Alguien está tratando de envenenarle. Quizá debería reflexionar sobre sus traiciones. Quizá se ha ganado más de un enemigo por su falta de palabra.

El duque apretó los labios con la rabia contenida, mientras le mantenía la mirada.

—Es evidente que alguien nos quiere ver muertos. Padre, ¿qué otros enemigos puedes tener?

El duque miró a su hijo, pensativo.

—Con los negocios puedes crearte muchos enemigos, lo sabes.

—Si a ello le añades la falta de honestidad que, por lo visto, has empezado a manifestar no me queda duda.

—Yo no he faltado a mi palabra. No había plazo de cumplimiento —insistió.

—Se sobreentendía que fuera con la boda —le respondió Isabella tratando de reprimir sus nervios.

—Esto es algo serio. Piénsalo, padre. Por favor, Isabella —la miró preocupado—, le pediría que no abandonara esta casa. Aún más, me atrevería a pedirle que se encerrara en su dormitorio y mostrara mucha más precaución a partir de ahora. Estamos nerviosos. Hablaremos mañana por la mañana.

Isabella asintió agotada. Se encerraría en su dormitorio y... No sabía qué pensar ni mucho menos qué hacer. Se despidió de ellos con una mirada cargada de reproches y los dejó a solas antes de subir las escaleras corriendo.

Alexander y su padre se mantuvieron la mirada, intransigentes, en cuanto se quedaron a solas.

—Cumple tu palabra, padre. Esto es algo serio.

—El intento de envenenamiento lo es más. Jamás pensé que podría convertirse en una arpía.

—Isabella no ha sido. Es más probable que sea alguien al que también hayas traicionado. El duque lo miró con los ojos entrecerrados.

—Te repito que no había plazo.

—Se sobreentendía.

—En los negocios no hay que hacer suposiciones.

—Eso lo sabemos nosotros, no él. Se encuentra en esa situación por cosas como esta. De todas maneras, no creo que haya sido su padre. También podía haberla matado a ella. El duque le mantuvo la mirada desafiante.

—¿Quién podría verse beneficiado con tu muerte?

—Tú —le respondió con dureza—. Eres mi heredero. Podrías quedarte con mi fortuna además de con Isabella. ¿Te crees que no me he fijado en cómo la miras?

—Te recuerdo que a mí también han querido matarme —le respondió sin querer defenderse de su acusación.

—No tengo más descendientes.

—¿Seguro, padre?

El duque frunció el ceño.

—Siempre he tenido mucho cuidado con mis relaciones.

—¿Evitándolas, como haces con Isabella?

El duque levantó la cabeza, orgulloso.

—Las jóvenes son un riesgo. Es mejor mantener relaciones con viudas o solteronas, secas como pasas, incapaces de fecundar nada.

—Pero no siempre te habrás relacionado con ese tipo de mujeres, padre —le contestó disimulando la repulsión que sentía.

El duque se encogió de hombros, mientras reflexionaba.

—Jamás he tenido una fila de mujeres reclamando la paternidad de sus hijos.

—No hace falta una fila padre, con una sola tienes más que motivos.

El duque negó con la cabeza mientras fruncía el ceño, incapaz de encontrar una respuesta.

—Esto no me gusta —le advirtió Alexander—. ¿Quién ha tenido acceso al vino?

—Isabella.

—Isabella no ha sido —le aseguró—. Vayamos a la cocina.

Padre e hijo se dirigieron a la cocina con paso firme. Entraron sin llamar y cerraron la puerta a sus espaldas, sobresaltando a las dos mujeres presentes, pese a que, por su actitud, era evidente que se habían enterado de lo sucedido y parecía que los estuvieran esperando. Tenían todo a medio recoger.

—¿Ustedes son las que han tenido acceso a la despensa de los vinos? —bramó el duque con gesto inflexible.

Las dos mujeres se miraron entre sí, incómodas.

—Hablen.

—Nosotras solo servimos lo que tenemos preparado sobre la mesa —se justificó la mayor de las sirvientas, menuda y de cabello blanco.

—¿Quién ha preparado hoy la cena?

—Deirdre y yo, lord Everleigh —le explicó la cocinera, rolliza y de cabello grisáceo—. Las muchachas la han servido.

—¿Dónde están las que faltan?

—Milly fue a la despensa hace un momento y Deirdre se acostó temprano porque no se encontraba bien.

Alexander asintió antes de dirigirse a la despensa por la puerta que la comunicaba con la cocina. Bajó las escaleras iluminadas ligeramente por el resplandor de quien había abajo. Se encontró a la joven ausente besándose efusiva con Pierre, el cochero, ajenos a su presencia y a lo que había ocurrido en el comedor. Carraspeó a su espalda. Ambos se sobresaltaron, y se separaron asustados. Los miró inflexible mientras la joven se recomponía la ropa y Pierre desviaba la mirada. Se centró en la sirvienta, recriminando con su gesto su comportamiento, e ignorando a su compañero.

—Milly, requerimos su presencia en la cocina, inmediatamente.

La joven, avergonzada, asintió antes de pasar por delante de él, casi corriendo. Alexander la siguió con paso firme.

Cuando llegó a la cocina, vio a la otra cocinera, demacrada y pálida, envuelta en una vieja manta. Era evidente que se había levantado de la cama.

—¿Quién ha servido el vino?

Milly dio un paso al frente.

—La botella contenía veneno —la acusó el duque furioso.

Todas las mujeres dieron un paso atrás alarmadas.

—Yo no he hecho nada —exclamó la acusada buscando el apoyo de sus compañeras—. Estaba en la despensa, la abrí cuando lady Isabella entró a preguntarnos si ya estaba todo preparado para servir la cena. Pueden preguntarle a ella.

Las dos cocineras y la otra sirvienta se encogieron de hombros, impotentes, mientras el duque apretaba los labios con fuerza y miraba a su hijo, serio, antes de volver a centrarse en las sirvientas.

—Nosotras nos limitamos a servir lo que nos dejan preparado —balbuceó la otra muchacha.

El duque y Alexander se miraron entre sí antes de volver a mirarlas a ellas.

—Bien... Alguien ha querido acabar con nuestra vida y cualquiera de las cuatro ha podido hacerlo —les señaló el duque con una mirada fría y dura.

Las cuatro negaron con la cabeza, asustadas.

—Cuento con su discreción. No quiero que este suceso salga de aquí. Solo ustedes saben lo sucedido. Si se escucha algún rumor, las cuatro serán despedidas y me encargaré, personalmente, de que nadie las vuelva a contratar nunca —las amenazó el duque—. Si ven algún comportamiento sospechoso, avísenme.

Fue a salir seguido de Alexander, pero se detuvo y se giró para mirarlas con desprecio.

—Vendré personalmente antes de cada comida y me aseguraré de que todas ustedes prueban lo preparado antes de servirlo a la mesa.

Los dos hombres se fueron cerrando la puerta a sus espaldas.

—Hijo, recuérdame quién estaba presente en la cocina cuando se ha abierto la botella de vino.

—Padre... Isabella solo entró a preguntar. Nada más.

—No confío en ella. Habrá que vigilarla.

—Si le dieras el dinero que le prometiste a su padre, quizá...

—Eso no la redimirá de intentar matarme.

—Ella no ha sido. Una de sus obligaciones como esposa es encargarse de que la cocina funcione de manera correcta y eso incluye aprobar los menús y escoger el vino.

—Ahora mismo se ha convertido en la principal sospechosa.

—No gana nada si te mata. Tú mismo lo has dicho y no hay pruebas en su contra.

—Habrá que encontrarlas. Voy a salir esta noche. Necesito... aliviar la tensión para pensar con claridad.

Alexander asintió deteniéndose junto a las escaleras y siguiéndole con la mirada hasta verlo salir, decidido, por la puerta. Pasar la noche con alguna de sus amantes viudas le distraer  de la gravedad de lo sucedido. Mientras, Isabella pasar  la noche, sola, igual que él. Apret  los labios, furioso, antes de empezar a subir. Lo que menos debía pensar en esos momentos era en la imposibilidad de estar juntos. Alguien los quería muertos, pero  qu en? No podía encontrar esa respuesta.



Isabella apenas había podido dormir esa noche. Había atrancado la puerta y, asustada y con el cuello dolorido por la presión que el duque había ejercido en él, solo había ideado maneras de irse de ese lugar. Obligada a un matrimonio de conveniencia, sin esperanza de que el duque cumpliera con su palabra y diera a sus padres lo que habían acordado, y con riesgo de morir a manos de algún desalmado sin conocer siquiera el motivo, o incluso a manos del mismo duque como le había demostrado la noche anterior, no veía sentido a permanecer all .

Alexander la había defendido de su propio padre la noche anterior, pero tampoco le podía ofrecer la seguridad que necesitaba. Sentía miedo y quería irse de all  cuanto antes.

Baj  las escaleras para dirigirse al comedor dudando sobre si sería seguro comer algo, cuando vio a su padre frente al duque junto a la puerta de la biblioteca. Podía irse con él. Podía ser su salvación. Aceler  sus pasos y se acercó a ellos, tratando de disimular la angustia que sentía.

—Le da el dinero o me voy con él —amenazó al duque que la miró sorprendido y enfadado, a partes iguales—. El precio que estoy pagando por estar aquí es demasiado alto.

— Qu en le ha dado permiso para hablar o para pensar siquiera? Es mi esposa y no va a arrastrar mi nombre por el fango. Se quedará aquí...

—Todavía no ha saldado la cantidad que se comprometí a pagar por mí.

Alexander presenci  la escena desde lo alto de las escaleras. Isabella se estaba arriesgando demasiado al encarar a su padre así, con su padre como testigo. Baj  con rapidez. Las marcas de los dedos de su padre tintaban su cuello.

—Me aseguró que su hija era obediente —acusó al padre de la joven—. Está viendo cómo se comporta. Me debe un respeto —le recordó a Isabella—. Soy el duque de Everleigh y ha de saber estar a la altura.

—Podemos romper esta farsa que no ha servido para nada. Nuestro matrimonio nunca se consumó.

—No es lo que pueden decir las doncellas que retiraron las sábanas la mañana siguiente, y recuerdo haberla advertido sobre su comportamiento.

Ella se ruborizó impotente mientras Alexander se acercaba.

El padre apoyó la mano en su brazo.

—Isabella, no te preocupes. Eres duquesa y te debes a tu esposo.

—Padre, pero vosotros.... Yo me cas  por ...

—Estamos en sus manos.

Isabella apenas pudo disimular una mueca de repugnancia, evitando mirar a su esposo.

—¿Y de qué nos sirve, padre?

—Piensa en tus hermanas y su humillación. Charlotte está pendiente de encontrar esposo...

—Dile que lo encuentre pronto y agiliza los trámites, por favor. En cuanto se haya casado, si el duque no te ha pagado, ven a por mí, De nada sirve seguir atada a este matrimonio cuando él no cumple su parte del trato. No tengo que darle un heredero. Ya lo tiene.

Miró a Alexander que estaba en silencio a su espalda. Con un gesto altivo se disculpó para alejarse de ambos y volver a subir las escaleras. Se le había revuelto el estómago.

No podía seguir allí. Entre lo humillada que se sentía por la burla hacia su padre, la distancia con Alexander y el riesgo de morir, solo pensaba en huir.



A mitad de tarde, bajó decidida a la biblioteca para encontrarse con el duque. Había estado reflexionando sobre su situación y la forma más favorable de salir de ella. Llamó a la puerta y entró sin esperar invitación.

El duque y Alexander levantaron la vista de los documentos sobre los que estaban hablando.

—¿Necesita algo? Creo que esta mañana ha quedado todo claro.

Isabella lo miró fastidiada. Que la consideraran una molestia era más que ofensivo. Levantó la cabeza altiva.

—Supongo que tienen una casa en el campo.

—Así es —comentó el duque, receloso.

—Quiero irme allí.

—Estamos en plena temporada —le replicó el duque.

—No necesito encontrar esposo, ni siquiera asistimos a fiestas. No veo necesaria mi presencia aquí.

—No va a ser posible. Este es el mejor momento para hacer negocios. De hecho, hoy hay otra cena.

—¿Y si quien quiere matarnos actúa? Va a poner en peligro a más personas.

—No creo que quien quiera matarnos se atreva a hacer nada en público.

La angustia y la impotencia se apoderaron de Isabella. Ahogó un gemido y bajó la cabeza, tragándose la rabia que había sacudido su cuerpo ante su previsible negativa. Sentía la mirada de los dos hombres, una molesta, otra compasiva.

—No puedo estar esperando a que alguien acabe con mi vida.

—Y estar a solas en el campo, lejos de la ciudad, ¿cree que la mantendrá a salvo? —le preguntó Alexander, visiblemente preocupado.

Allí estaban en peligro, pero la tenía cerca. Podía cuidarla. El duque miró a su hijo, extrañado.

—No se me ocurre nada mejor. Si no se le detiene antes, volverá a intentarlo una y otra vez hasta que lo consiga —se justificó agobiada.

—No es momento de salir sola a ningún sitio —le recordó protector.

—No lo hago. Hasta trato de comer y beber lo menos posible...

—Ahora no puedo estar pensando en eso —le replicó el duque—. Esta noche se celebrará una cena. Mañana por la tarde hablaremos de ello.

Isabella frunció el ceño, molesta. Estaba decidida a irse de allí. Miró a Alexander en busca de su apoyo. Él le mantuvo la mirada, pero se quedó en silencio.

El duque miró a su hijo antes de volver a prestar atención a Isabella que, rindiéndose, ante la indiferencia manifiesta, dio media vuelta y salió con toda la dignidad que pudo de la biblioteca.

Alexander ahogó un suspiro, serio, antes de sorprender a su padre mirándole con suspicacia.

—¿Tienes algo que decirme?

—Quiero que te cases pronto y engendres un heredero.

—¿A qué vienen esas prisas?

—Si también quieren eliminarte a ti es porque alguien quiere mi herencia. Si tú tuvieras un hijo, la herencia con mi fallecimiento y con el tuyo recaerían sobre él.

—E intentaría matarlo también.

—O desistiría de la idea.

—No tengo prisa en contraer matrimonio

—Creía que por eso habías empezado a acudir a las fiestas.

Alexander se encogió de hombros, indiferente, mientras trataba de concentrarse en la documentación que tenía frente a él. Hubiera contraído matrimonio. Lo hubiera hecho si su padre no se hubiera adelantado con su misma candidata.



Durante toda la cena, Isabella sintió un nudo en su estómago. Esa noche no tenía miedo de un posible envenenamiento. El duque obligaba a las cocineras y a las sirvientas a probar la comida en su presencia antes de servirse. Esa noche lo que le revolvía el estómago era la evidente intención del duque de que Alexander encontrara esposa.

Esta vez tenía una bonita mujer a cada lado y repartía su atención entre ambas, que parecían perseguir lo mismo. Cada vez estaba más convencida de que la mejor solución para ella era irse de allí. Viviría tranquila en una casa en el campo dejando que la vida pasara. Su familia estaría cubierta... si el duque cumplía con su palabra y su padre no volvía a endeudarse.

La posterior velada se le hizo agotadora e interminable. Se había limitado a estar junto al duque con la misma fingida sonrisa en su rostro todo el tiempo, sin apenas decir una palabra más que cuando se dirigían específicamente a ella.

En cuanto el último invitado se fue, apenas susurró unas palabras de despedida y subió a su dormitorio con prisa. Cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella. Estaba deseando acostarse y que la noche terminara. Al día siguiente, volvería a comunicar su intención de irse al campo. Alexander podría encontrar esposa y el duque negociar lo que hiciera falta. No necesitaban su presencia para nada.

El viento susurraba suavemente tras las ventanas del dormitorio. Con un suspiro, se acercó a ellas. La luz de la luna iluminaba la estancia, dándole la intimidad y la soledad que tanto deseaba.

Fue entonces cuando escuchó un sonido sordo a su espalda. Apenas tuvo tiempo de girarse. De repente, un brazo la tomó con fuerza por la cintura, brutal y helado, atrayéndola hacia un pecho desconocido y duro. El aire se le escapó en un jadeo mientras su mente intentaba procesar lo que le estaba ocurriendo.

—¿Qué...? —alcanzó a murmurar, antes de que sus palabras se ahogaran en un susurro al sentir una mano fuerte y dura cubriéndole la boca.

El terror se desató en su pecho, punzante y ardiente, mientras forcejeaba en vano. La presión de aquellos brazos férreos aumentaba con cada intento, como si el extraño estuviera decidido a arrancarle el alma.

Su corazón retumbaba con un ritmo frenético, un tambor de desesperación que le recordaba su fragilidad. Los segundos parecían extenderse, eternos y crueles, mientras él intentaba silenciarla.

Isabella intentó liberarse inútilmente. Los dedos de ese hombre se aferraban a ella con fuerza. Le empezaba a faltar el aire. ¿Iba a morir? «¡No!». Bajó la cabeza con fingida resignación. La levantó con fuerza. El golpe fue certero.

Él la soltó llevándose las manos a la nariz, sorprendido por el ataque. Isabella aprovechó la oportunidad. Se liberó de su agarre y trató de huir. Él la persiguió lanzándose contra sus piernas. Isabella cayó de bruces contra el suelo, tirando una pequeña mesa con el impulso. Varias cosas rodaron con ella. El golpe la dejó sin aire. Sintió al desconocido sobre su espalda, tratando de inmovilizarla. Apenas distinguía su figura en la penumbra.

Con temblor en sus manos, tanteó a ciegas, buscando cualquier cosa que pudiera servirle como arma. Sus dedos rozaron el candelabro de bronce que había caído con ella, y sin pensarlo dos veces, lo agarró con todas sus fuerzas. Se giró como pudo. Lo golpeó sin pensar.

Un quejido seco escapó de sus labios. Cayó a un lado. Isabella, con los latidos desbocados, corrió hacia la puerta. Sus dedos, temblorosos y torpes, lucharon con el cerrojo mientras él se recobraba y avanzaba hacia ella. La cerradura pasó y, en un último impulso desesperado, Isabella logró salir al pasillo, entre lágrimas de alivio y jadeos. Corrió hacia las escaleras sin mirar atrás.

Alexander salió de la biblioteca al primer ruido extraño que escuchó en el piso superior. Subió las escaleras de dos en dos. Isabella bajaba corriendo hacia él, con el gesto desencajado.

—Estaba en mi habitación —jadeó casi sin poder respirar—. Intentó matarme.

Alexander la apoyó contra la pared antes de correr hasta su dormitorio. No había nadie.

El duque, extrañado, desconcertado, llegó hasta ella.

—¿Quién era?

Isabella negó con la cabeza mientras trataba de recuperar el aliento. Las lágrimas le ardían entre las pestañas. Ambos miraron a Alexander que se dirigía a ellos preocupado.

—¿Has visto a alguien? —le preguntó el duque.

—No —murmuró fastidiado mientras un par de doncellas se acercaban a ellos, preocupadas por los ruidos que habían escuchado—. ¿Está bien, Isabella?

Ella negó con la cabeza. La debilidad se apoderó de sus piernas. El miedo que se había adueñado de ella amenazaba con dejarla caer mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas.

A Alexander se le encogió el alma. Miró a su padre con el ceño fruncido. No quería

culparlo de todo lo que le estaba sucediendo a esa mujer, pero no podía evitar sentir que así era. Miró a las doncellas.

—La duquesa está cansada. Lleven a su dormitorio un poco de agua y quédense a pasar la noche con ella.

Ambas asintieron. Isabella lo miraba exhausta y vulnerable. No se veía capaz de moverse. No hizo falta. Alexander la tomó en brazos con facilidad y la llevó a su dormitorio. La fuerza que mostraba, su pecho fuerte junto a su mejilla, la sensación de protección que la envolvía le hizo sollozar, asustada y aliviada a la vez.

Alexander la condujo hasta la cama, susurrándole palabras de aliento. El duque los siguió con el ceño fruncido y se acentuó cuando vio el desorden del dormitorio.

—Esto no puede seguir así —le espetó Alexander.

—¿Estás de acuerdo con mandarla al campo? —le preguntó el duque extrañado.

—Cualquier cosa que la libere del peligro —le mantuvo la mirada desafiante.

Se miraron en silencio mientras las dos doncellas entraban y miraban extrañadas a su alrededor. Una de ellas cargaba una jarra de agua y un vaso de cristal tallado.

—No quiero que la duquesa esté sola en ningún momento —les indicó Alexander, mirando a Isabella, preocupado antes de salir del dormitorio seguido de su padre.

El duque le adelantó por las escaleras. Alexander lo siguió hasta la biblioteca en frío silencio.

—Esto cada vez es más peligroso —le señaló cerrando la puerta a sus espaldas—. Quien sea ha estado cerca de acabar con su vida.

—¿Por qué ella? —preguntó el duque reflexivo—. Tú eres mi heredero.

—Puede engendrar otro.

—No tenemos ese tipo de relación.

—Quien sea no tiene por qué saberlo.

—De todas maneras, cualquier día puedo ser yo. Cumple la promesa que hiciste a sus padres y envíala al campo.

El duque le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Ya sabes con quién te vas a desposar?

Alexander parpadeó sorprendido antes de mirar a su padre.

—¿Crees que este es momento de hablar de esto?

—Necesitas un heredero.

—Un heredero no se consigue de un día para otro, padre y eso no garantizaría que se mantuviera con vida. Hay alguien que quiere acabar con nosotros y mientras no aparezca, todos estamos en peligro, porque después de nosotros, irán a por ti.

El duque lo miró serio.

—¿Crees que ha sido algún invitado de esta noche? Pudo haberse retrasado en su marcha, esperar a escondidas...

—Lo dudo. Los padres de las jóvenes que has invitado no querrían acabar conmigo si están esperando a que contraiga matrimonio con sus hijas, e Isabella no les influye para nada en esa decisión.

—¿Seguro? No sé por qué me da la impresión de que pasáis mucho tiempo juntos.

Alexander le mantuvo la mirada sin pretender responderle.

—No desvíes el tema. No es la primera vez que intentan acabar con su vida y seguirá en peligro mientras no se detenga al responsable. ¿Tienes algún hijo ilegítimo?

—¿Otra vez esa tontería? Es una suposición sin fundamento.

—Es la única que se me ocurre cuando quieren acabar con los herederos de tu fortuna.

El duque se dejó caer en su sillón negando con la cabeza mientras mentalmente repasaba las relaciones que había mantenido en su vida.

—Ya te dije que las viudas...

—Creo recordar que cuando yo tenía cinco años, más o menos, una mujer se presentó en casa con un crío más pequeño de la mano exigiéndote responsabilidades... Era menuda...

—No recuerdo...

—Hablabas con un acento raro...

El duque lo miró sorprendido.

—¿Colette?

—No sé cómo se llamaba. Sé que madre fingió que nunca había ocurrido, pero esa mujer te reclamó la paternidad de su hijo. ¿Qué fue de ella?

El duque negó con la cabeza mientras se acariciaba la barbilla, visiblemente preocupado.

—Sí... Es cierto... Pero no iba a asumir su custodia.

—¿Era tu hijo?

—Aunque lo fuera, el título sería tuyo. Eres el primogénito.

—No si me quita de en medio y te recuerdo que lo ha intentado. ¿Qué sabes de ese niño?

—Le envié dinero una temporada a una dirección que me dejó.

—Entonces, lo aceptaste. Era tu hijo.

—No quería escándalos. Era un buen momento para los negocios. No estaba para tonterías.

—¿Y después?

—Dejó de reclamarlo.

—¿Murió?

—No lo sé.

—¿No te preocupaste por ella o por tu hijo?

—No sé si era mi hijo o una oportunista. Ya te he dicho que no estaba para tonterías.

—Si aceptaste darle dinero es porque la probabilidad de que fuera tuyo era alta. ¿Hubo alguna más?

—Que reclamara algo no... No sé nada de Colette ni de su hijo.

—Pues creo que ya sabes por dónde empezar.

—Eso pasó hace mucho tiempo. Es absurdo...

—Tu herencia es más que considerable, padre. Tu título...

—Tanto como para cobrarse dos vidas.

—O tres si acaba contigo.

—Mañana por la mañana hablaré con mi abogado... Daré con ella y la mataré con mis propias manos si descubro que está implicada en esto.

Alexander lo miró serio. Era más que capaz de hacerlo. Esa vez habían estado muy cerca de acabar con la vida de Isabella en su propio dormitorio. No estaba a salvo allí. Quizá en ningún sitio. Asintió preocupado.



Dos mañanas más tarde, Isabella salió a dar un paseo por los jardines. Apenas había amanecido, pero necesitaba salir. Apenas abandonaba su dormitorio. En cuanto oscurecía se refugiaba en él, acompañada por dos doncellas que no la dejaban nunca sola. Estaba más relajada, se sentía protegida, pero le daba la sensación de estar en una cárcel que la iba consumiendo.

No le importaba que el bajo de su vestido se llenara de barro. El aguacero que acababa de caer había refrescado el ambiente, obligándola a cubrirse con un cálido chal. Necesitaba respirar, incluso ver a su familia. Si ella fallecía a manos de un loco, no tendrían ninguna posibilidad de conseguir el dinero que el duque les había prometido.

Ahogó un gemido. Se había casado para nada, podía acabar muerta en cualquier momento, y no sabía ni lo que era el amor. Confiaba en que Charlotte o Sophie corrieran mejor suerte que ella. Esperaba que encontraran un hombre que las hiciera sentirse protegidas, cuidadas, respetadas, valoradas. Un hombre al que se iluminaran los ojos cuando entraran en la sala, que les acariciara el corazón con su sonrisa. Un hombre que las hiciera arder solo con pensar en que podrían ser suyas. Un hombre como Alexander, suspiró. ¿Eso era el amor? ¿Podría ser cierto?

Alexander sintió un vuelco en su corazón al ver a Isabella paseando sola. Podía ser peligroso. Ese lugar no era visible desde ciertos ángulos de la casa, aunque no parecía que hubiera nadie a su alrededor.

Había salido a cabalgar muy temprano. En lugar de ir a los establos decidió acompañarla, aunque fuera por un instante. Bajó del caballo permitiendo que regresara sin él al lugar al que sabía que debía ir. Nunca podía encontrarla sola. Quizá ni siquiera fuera buena idea que lo estuviera en ese momento.

—Va a mancharse de barro —le susurró Alexander a su espalda.

Isabella se giró sorprendida para mirarle con cierta tristeza.

—No lo oí acercarse... Sé que no debería quejarme, pero no aguanto más dentro de casa.

—Debería volver —le sugirió Alexander dando dos pasos más hacia ella.

Quería abrazarla, acariciarle la mejilla, borrar de su mirada la tristeza que la invadía. Luchó con todas sus fuerzas contra sus ganas de eliminar la distancia entre ambos y rodearla con sus brazos.

—No debería estar aquí —le recordó Isabella, obligándose a no caer en la tentación de refugiarse en su pecho—. Si nos quieren matar a los dos, ahora seríamos un blanco fácil.

—Antes tendrán que matarme a mí y podría salir corriendo hacia la casa.

Isabella sintió la caricia de sus palabras. Podía estremecerse con solo su presencia, con esa mirada tierna, con esa voz ronca... No debería acercarse a él... Solo daría un pequeño paso y porque una ligera corriente de aire frío la instó a que lo hiciera.

—No tiene gracia.

—No pretendo tenerla —le confesó consciente de su cercanía.

—¿Han averiguado algo de quién puede ser el responsable?

—Mi padre está investigando. Hace años tuvo una amante francesa... quizá su hijo... No

sabe nada de ellos.

Isabella ahogó un suspiro resignado mientras asentía.

—¿Ha pagado su padre al mío?

—No lo sé. No se lo he preguntado.

—Podría morir tranquila si, por lo menos, supiera que mi sacrificio había merecido la pena.

—¿Ser duquesa es un sacrificio?

—Para mí lo es. Era mi obligación como primogénita solucionar los problemas de mi familia.

—Entonces, como tal, es la mía descubrir quién quiere matarnos.

—Si su padre no lo hace, supongo que la responsabilidad recae en usted.

—No dejaré que nada le ocurra.

La mirada vulnerable de Isabella, el agotamiento y la preocupación en su rostro lo invitaron a eliminar la distancia entre ellos.

—También podría ser mi responsabilidad que usted sea feliz.

—Creo que eso le corresponde, inútilmente, a su padre —le respondió en un susurro con el corazón palpitando con fuerza.

—Si mi padre no cumple... tendré que hacerme cargo yo.

Ella lo miró esperanzada. Las manos de él acariciaron sus brazos. Sus torsos se estaban rozando. Él bajó la mirada hasta sus labios. Ella levantó la mirada para perderse en la suya. «Solo un beso», se justificó él. «Solo un beso», se permitió ella. Sus labios se rozaron precavidos. Tantearon, se exploraron y se prendieron, eliminando distancias, dudas y miedos.

Alexander rodeó su cintura con sus brazos, Isabella, el cuello, con los suyos. La temperatura entre ellos subió, la necesidad de sentir, también. Sus mentes se nublaron. Su respiración se entrecortó.

¡Bang! Un ruido seco y violento rompió el silencio.

El sonido de un disparo rasgó el aire. Alexander reaccionó instintivamente, envolviendo a Isabella y empujándola hasta detrás del árbol más cercano. Ambos quedaron inmóviles, con el pecho agitado por el miedo y la adrenalina, y el cuerpo tensó por el miedo y la expectación.

—¿Está bien? —susurró él, su voz teñida de preocupación.

—Sí... ¿Qué ha sido eso? —murmuró ella, su rostro aún pálido por el susto.

—Fue un disparo.

—¿Nos han descubierto? —se ruborizó.

—Ese es el menor de mis problemas en este momento.

—¿Han intentado matarnos? ¿Con un arma de fuego?

Él la miró con determinación, sus ojos se mostraban fríos y concentrados. No hacía falta darle una respuesta. No sabía dónde se encontraría el tirador. Quedarse allí podía ser arriesgado, quizá tanto como correr hacia la casa. Pero no podía quedarse esperando.

—Volvamos a casa. No se detenga hasta que lleguemos.

La cubrió con su cuerpo y encogidos y con toda la rapidez que pudieron corrieron hacia la mansión para encontrarse a salvo.

Alexander cerró la puerta a su espalda y la miró preocupado. No podían descuidarse. El asesino estaba al acecho. Debía estar escondido entre ellos, en algún lugar con acceso continuo a la mansión o a los jardines.

—Por favor, suba a su dormitorio. No salga de allí hasta que vaya personalmente a avisarla. Enviaré a las doncellas.

Isabella asintió, asustada. Corrió escaleras arriba y se encerró en su dormitorio, apoyándose en la puerta. Sentía que quien fuera cada vez estaba más cerca de acabar con ella. Las lágrimas cubrieron sus pestañas mientras el rubor teñía sus mejillas al recordar el íntimo beso compartido con Alexander. ¿Por qué estaba resultando todo tan difícil?

No tardó en escuchar suaves golpes en la puerta. Una de sus doncellas entró despreocupada mientras la otra, más mayor, seguía sus pasos con gesto recriminatorio.

—Hoy ha salido pronto a dar un paseo, lady Everleigh.

—Eh... Sí... No podía dormir.

—Yo tampoco he dormido mucho —susurró con picardía la más joven—. Pierre ha resultado ser un perfecto amante francés.

—Controla tu lengua —la amonestó la doncella más adulta, con el cabello blanquecino.

La joven bajó la mirada avergonzada.

Isabella la miraba temblorosa. ¿Un amante francés?

Alexander salió con prisa. Debía revisar los alrededores de la mansión. En algún lugar encontraría una pista, algo que le acercara a descubrir quién quería acabar con ellos. Se fijó en algunas huellas frescas en el suelo. A esas horas no serían muchos los sirvientes que se hubieran aventurado a salir al aire libre. Era temprano y todo estaba cubierto de barro.

Decidió seguir las huellas sin perder tiempo. Llegó hasta el establo, pero el silencio casi podía escucharse.

—¿Hay alguien aquí?

Al cabo de unos segundos, escuchó el sonido de botas sobre el suelo de tierra. Pierre, distraído, llegó limpiando sus manos en las perneras del pantalón.

—No le oí llegar. ¿Quiere que le prepare su caballo?

Alexander frunció el ceño, evaluando al hombre que, por su actitud, parecía totalmente ajeno a lo ocurrido.

—¿Dónde estabas?

—Eh... aquí... desde que ha amanecido.

Alexander lo miró desconfiado. Sus ojos parecían brillar y no encontraba el sentido de que lo hicieran.

—¿Lleva aquí toda la mañana?

—Sí.

—¿Antes de que terminara de llover?

—Así es.

Hubiera jurado que le mantenía la mirada desafiante, pero no podía ser cierto. No tenía sentido alguno. Desvió la mirada. No tenía tiempo que perder. Quien quisiera acabar con ellos estaría aprovechando ese preciado tiempo para escapar y necesitaba encontrarlo.

Unas gotas de barro en el suelo frente a él llamaron su atención. Las suelas de las botas de Pierre estaban húmedas y embarradas. Si había llegado antes de que empezara a llover no tendrían por qué estar sucias. Pero ¿Pierre? ¿Por qué? Llevaba varios años a su servicio. Era absurdo. Guardó silencio. No podía arriesgarse a delatar sus sospechas.

—Está bien —respondió con una leve sonrisa—. Me pareció que alguien corría hacia aquí, escondiéndose como una rata de alcantarilla.

Pierre lo miró serio. Alexander le mantuvo la mirada, desconfiado. No le gustaba la actitud que mostraba. ¿Ese hombre había intentado matarlos? ¿Por qué? ¿Qué motivos tendría?

El cochero inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto, apretando los labios. Alexander, confundido se alejó del establo. Quizá su padre supiera algo más de aquel hombre.

Cuando llegó a la biblioteca, uno de los abogados de su padre salía de allí con gesto serio y preocupado. Su padre lo estaba acompañando, pero se detuvo al verlo allí tan temprano.

—¿Ya has vuelto de tu paseo a caballo o ni siquiera has ido?

—Tenemos que hablar —le advirtió entrando y cerrando la puerta tras él—. ¿Qué te ha dicho, padre? ¿Sabía algo sobre esa mujer y su hijo?

El duque asintió serio. Caminó reflexivo hasta apoyar el codo sobre la chimenea de mármol y la barbilla sobre la mano. Meditó en silencio unos segundos antes de girarse para mirar, preocupado, a su hijo.

—Colette murió hace cuatro años. Su hijo está trabajando aquí desde entonces.

Alexander lo miró serio.

—Pierre.

—¿Lo sabías? —le preguntó el duque extrañado.

—Acabo de descubrirlo. Ha intentado dispararnos. Vamos.

—Mi abogado ha ido a buscar a la policía. No...

La puerta se abrió de repente dando paso a Pierre, con los ojos brillantes y el gesto desfigurado por la rabia que sentía, empuñando un arma de fuego.

Isabella no se molestó en llamar a la puerta de la biblioteca. No podía ser casualidad que el amante de su doncella fuera francés y viviera bajo su mismo techo.

Los tres hombres se giraron sobresaltados al escucharla. Ella se detuvo al percatarse de la escena. Alexander iba a ir hacia ella cuando Pierre le apuntó con el arma directamente.

—No te muevas o acabo contigo ya mismo.

—Yo... —se disculpó Isabella, asustada. La sangre se congeló en sus venas. Pierre la miró con rabia sin retirar el arma del pecho de Alexander.

—¿Colette era ...? —preguntó Alexander tratando de que su atención recayera sobre él.

Pierre volvió a mirarle.

—Colette era mi madre, sí. Ve junto a ellos —ordenó a Isabella con rabia.

Ella obedeció sin dejar de mirarle. El miedo sacudía sus entrañas. Alexander se situó delante de ella, ocultándola en la medida de lo posible de la atención de Pierre.

—Mataste a mi madre —acusó al duque con la misma actitud soberbia con la que él solía dirigirse.

El duque negó con la cabeza. Alexander los observaba con atención. No sabía cómo podía acabar aquello. La tensión los rodeaba apoderándose de todos ellos.

—No he sabido nada de ella desde esa vez que vino aquí —le explicó el duque sin un ápice de arrepentimiento.

—Sabía de mi existencia.

—No era seguro que fuera mi hijo. Su madre solo se mostró convincente cuando quiso compartir el lecho conmigo.

Sus ojos fríos destilaban crueldad.

—Padre... —le advirtió Alexander, preocupado.

—Solo pedía lo que le correspondía. Estaba totalmente sola —la justificó—. Pasó hambre, frío... Usted no se hizo cargo de ella.

—No voy a cuidar a todas las mujerzuelas de Londres —siseó el duque, enfadado.

—Tuvo que malvivir para sacarme adelante. No soy el primogénito. Sabía que jamás me daría lo mismo que a él —le señaló con el arma.

—Por eso pensaste en eliminarlo. A él y a mi esposa. Ella nunca me dará un heredero.

—Pero su hijo, sí. De ella. ¿Cuánto cree que tardarán en convertirse en amantes?

Isabella se ruborizó alarmada. El duque los miró con una frialdad extrema.

Los ojos de Pierre chispeaban, revelando el odio que sentía hacia todos ellos.

—Solo quería lo que me correspondía.

—¿Por qué no lo ha pedido de otra manera? —le preguntó Alexander tratando de calmar la situación.

—¿A quién? Es un hombre déspota y cruel. Solo piensa en su propia ambición, en su propio egoísmo. Lo hizo con mi madre, con la familia de su esposa... y a saber con cuántas personas más.

Isabella sentía el corazón a punto de salir de su pecho. Pierre parecía decidido a acabar con la vida de los presentes. El duque no tenía intención alguna de pedir disculpas por sus errores. Alexander se mantenía alerta, rígido, pero tan impotente como ella.

—Que os sirva de lección a los dos... hijos... No se hace dinero dándoselo a quien no sabe administrarse.

Isabella miró al duque seria. ¿Es que no iba a arrepentirse en ningún momento? No sabía por qué, pero necesitaba alargar el tiempo que parecía correr muy lento. No estaba preparada para afrontar ningún desenlace.

—Supongo que fue fácil encontrar trabajo aquí, incluso convertirse en amante de alguna de las sirvientas para tener acceso libre a la cocina y envenenarnos —le acusó Alexander—. El accidente del carruaje... Nadie lo robó, ¿verdad?

Pierre sonrió con cinismo en un gesto que evidenciaba un notable parecido con el que era su padre. Alexander frunció el ceño. ¿Cómo no se había dado cuenta antes del parecido físico entre ellos?

—Dio su palabra a mi padre —acusó Isabella al duque—, ¿a Colette también?

Todos miraron al duque esperando una respuesta. Él levantó la barbilla, arrogante e impenitente. Isabella miró a Alexander con la furia reflejada, antes de volver a mirar al duque. Pensó en Colette, una mujer desvalida con un hijo, sin ayuda de nadie. No podía imaginar la angustia que pudo haber sentido.

—¿Es que no piensa cumplir con su palabra en ningún momento? —preguntó agobiada.

La mirada cínica del duque le dio la respuesta. La rabia se apoderó de ella. Ella iba a morir y sus padres seguirían igualmente en la ruina. Sus hermanas... No tenía nada que perder. Corrió hacia él dispuesta a abofetearlo.

Alexander aprovechó la distracción, abalanzándose sobre Pierre. Quería quitarle el arma.

Recompuesto ante el imprevisto arrebato de su esposa, el duque la empujó con fuerza. Ella cayó de espaldas al suelo. Alexander la miró por un segundo. Pierre aprovechó de su debilidad empujándole hacia atrás.

Un destello de metal brilló en el aire. Un sonido seco rompió el silencio de la biblioteca. Alexander arrebató el arma a Pierre, descargando un puñetazo en su rostro, con toda su fuerza. Pierre trastabilló aturdido.

El duque ahogó un gemido. Se tambaleó hacia atrás. Su mano apoyaba en su pecho. Sus ojos, por primera vez, parecían llenos de miedo. Su inmaculada camisa se tiñó de sangre. Isabella se cubrió la boca ahogando un grito. El duque se derrumbó. No cerró los ojos. Su mirada fría y calculadora no lo abandonó.

Alexander corrió hacia su padre con el arma en la mano. Isabella lo imitó asustada. Pierre, apresurado, salió por la puerta, dispuesto a escapar.

—Está detenido.

Alexander e Isabella se giraron para mirarle. El abogado, escoltado por varios miembros

de la policía y algunos criados, lo obligaron a detenerse. Pierre solo negaba con la cabeza, incapaz de hablar.

Isabella, con los ojos llenos de lágrimas, con el miedo aún en el cuerpo, se fijó en el duque. Se arrodilló a su lado. No respiraba. Parpadeó impresionada. ¿Había muerto?

Alexander, consternado, le había cerrado los ojos. Frunció el ceño ahogando un suspiro. No podía ser cierto. Su padre no podía haber acabado así. Sintió la presencia del abogado a su espalda.

—No hay nada que hacer. Llamaré al médico para que certifique su defunción. Había avisado a la policía antes de venir a hablar con su padre con lo que había descubierto. Ya venían hacia aquí cuando los encontré.

Alexander asintió con un nudo en la garganta. Eso explicaba su oportuna y rápida aparición. Se incorporó ayudando a Isabella a levantarse.

—Le acompaño en el sentimiento, duquesa —le susurró el abogado.

Ella asintió aturdida.

—Duque de Everleigh, prepararé toda la documentación para declararlo heredero de los bienes de su padre.

Alexander le mantuvo la mirada. La tensión que había sentido instantes antes parecía que fuera a abandonarlo. Miró a Isabella, que parecía descolocada, ausente, preocupada...

—Por favor, entréguele a lord Ashworth, el dinero que mi padre le aseguró que le daría con un diez por ciento más por el retraso y las molestias sufridas.

Isabella lo miró confundida. Todo había sucedido demasiado rápido. La policía se llevaba a Pierre, esposado. Los sirvientes contemplaban lo ocurrido desde la puerta, con curiosidad. El abogado se acercó al escritorio. Uno de los criados cubrió al duque con una sábana.

—Hablaremos más tarde —le aseguró Alexander a Isabella, acariciándole con ternura el brazo—. Ve a descansar.

Isabella asintió mientras una de sus doncellas la guiaba hasta la puerta. Se dejó llevar repasando en su mente las últimas escenas que había presenciado. Todavía no daba crédito a lo ocurrido. Un frío y desolador silencio invadió la casa.



A mitad de tarde, Alexander pidió que acompañaran a Isabella hasta la biblioteca donde él había pasado todo el día encerrado con el abogado. Habían firmado toda la documentación, preparado el funeral y traspasado el título. Aún no se había relajado de lo ocurrido. Todavía le parecía mentira.

Isabella, aún conmovida, entró quedándose a solas con Alexander.

—¿Qué va a pasar a partir de ahora?

Él la miró con ternura. En ese momento, no había nada que les impidiera estar juntos. Hacerse cargo de la viuda de su padre no tenía por qué resultar tan escandaloso.

—¿Qué quieres que pase? —le pidió que tomara asiento con un gesto que ella decidió ignorar.

No podía sentarse. Los nervios por lo ocurrido y la congoja todavía no la habían

abandonado. La noticia del fallecimiento del duque había corrido como la pólvora en todo Londres. No había aceptado visitas, ni siquiera de su familia. No sabía qué podría decirles.

—No lo sé. Me he quedado viuda. No sé si puedo irme al campo a vivir. Supongo que, si puedo, lo haré en cuanto me asegure que mi familia está bien.

—Sigues sintiéndote responsable de tu familia.

Ella asintió convencida mientras él se levantaba y se situaba frente a ella.

—Es mi obligación como primog...

—Sí, lo sé, pero ¿es lo que quieres? ¿Irte a vivir al campo?

—No lo he pensado. No sabía que tendría posibilidad de elegir, pero creo que necesito alejarme de todo esto.

—¿Puedo irme contigo? —Alexander la acarició con la mirada.

—¿Es lo correcto?

—A estas alturas, poco me importa lo correcto. Aun así, debería quedarme en Londres un tiempo para asegurarme de que todas las finanzas de la familia están en orden. Por lo demás, cuidaré de ti, no solo como la viuda de mi padre, si tú quieres. Té prometo que la única responsabilidad que tendrás, si me aceptas, serán nuestros hijos.

El corazón de Isabella pareció estallar en una mezcla de amor, gratitud y alivio. Asintió refugiándose entre sus brazos, emocionada. Alexander la abrazó con cariño. Todavía podía sentir su malestar y la tensión experimentada momentos antes. Se miraron a los ojos, cómplices, por unos segundos. Una leve sonrisa curvó sus labios.

Alexander la besó sin prisa, recreándose en el momento tan esperado. Isabella era suya. Empezarían una nueva vida juntos. Una vida, tranquila, armoniosa y feliz.

Isabella se entregó al beso, relajada. Sabía que podía confiar en él, abrirse al amor que compartían. La vida para ambos comenzaba en ese momento. Lo sabían y, dichosos, estaban dispuestos a compartirla.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA DE LA MISMA SERIE

La Máscara de una Dama

Londres, 1815.

En la brillante pero despiadada sociedad londinense, Charlotte Ashworth desafía las normas que atan a las mujeres a un matrimonio de conveniencia. Con un talento extraordinario para el piano y un espíritu indomable, se reinventa como "La Dama de la Máscara", una enigmática pianista que deslumbra a la alta sociedad en las noches de gala, escondiendo su rostro y su identidad incluso de su propia familia.

Nathaniel Davenport, el atormentado conde de Elmswick, regresa a Londres para enfrentar los rumores que lo han perseguido desde la misteriosa muerte de su esposa. Decidido a restaurar su honor y asegurar su linaje, busca una esposa adecuada. Charlotte Ashworth parece la candidata ideal: joven, bella y de buena familia. Sin embargo, su atención se ve arrebatada por la pianista enmascarada, una mujer cuya música lo hechiza y cuya presencia lo intriga como nadie más lo ha hecho.

Cuando las vidas de Charlotte y Nathaniel se entrelazan, la atracción que sienten amenaza con destruir las cuidadosas barreras que ambos han levantado. Pero, ¿qué ocurrirá cuando Nathaniel descubra que la joven debutante que debe cortejar y la pianista que no puede olvidar son la misma persona? Y mientras la máscara de Charlotte comienza a deslizarse, ¿podrá arriesgarlo todo por un amor que podría costarle su libertad... y su corazón?

Una novela de secretos, pasión y decisiones imposibles que te atraparán en cada página.

El corazón de una dama

Londres, 1815.

Danielle Ashworth siempre ha sido la hija perfecta: obediente, dulce y dispuesta a sacrificar sus propios deseos por el bien de su familia. Cuando sus padres deciden enviarla a un convento en sus intentos de solucionar sus graves problemas financieros, ella acepta con resignación. Pero sus planes cambian abruptamente cuando Charles Thornwell, el ambicioso nuevo dueño de las propiedades Ashworth, exige también la casa familiar de Londres, amenazando con dejar a los suyos en la calle.

Charles siempre ha vivido en las sombras de la alta sociedad, despreciado por su falta de título y linaje. Ahora, con la fortuna de los Ashworth en sus manos, está decidido a reclamar algo que nunca ha tenido: respeto y poder. Su trato con los Ashworth es frío y calculador, hasta que Danielle, tratando de conseguir el tiempo que necesitan para pagar sus deudas, se ofrece a enseñarle los modales y las sutilezas necesarias para entrar en la aristocracia.

Lo que comienza como un acuerdo pragmático pronto se convierte en algo mucho más intenso. En las lecciones que comparten, Danielle descubre en Charles una honestidad y una pasión por la vida que la hacen cuestionar su resignación al convento, mientras que él queda

fascinado por la dulzura y la fuerza escondida de la joven que le enseña a soñar más allá de su ambición.

¿Elegirá Danielle un futuro guiado por el deber o se permitirá luchar por el amor? ¿Podrá Charles reconciliar sus ambiciones con los sentimientos que lo unen a la única mujer que ve más allá de sus ambiciones?

Una novela de ambición, deseo y la lucha por un amor que desafía las convenciones.

El Secreto de una Dama

Londres, 1815.

Sophie, la más rebelde de las hermanas Ashworth, se niega a ser obligada a encontrar un esposo aburrido y apropiado en la distante Durham, donde su familia la ha enviado bajo la supervisión de la anciana tía Dorothy.

Decidida a disfrutar de una libertad que siempre le ha sido negada, Sophie toma una decisión audaz: intercambia su posición con su doncella y se convierte en una simple sirvienta, confiando en que, tarde o temprano, la boda de su hermana mayor resolverá los problemas económicos de su familia y le permitirá regresar a su vida normal.

Pero la estancia como criada en una mansión no resulta tan sencilla como esperaba, sobre todo cuando conoce a Douglas, un mozo de cuadras cuya devoción por los caballos y espíritu indomable rivalizan con los suyos.

Sin esperarlo, Sophie se ve acusada de robos que no ha cometido, mientras un poderoso conde la chantajea y amenaza con arruinarla.

¿Podrá Sophie proteger su identidad y su corazón mientras se libera de las acusaciones? ¿Qué ocurrirá cuando las verdades, que tanto ella como Douglas ocultan, salgan a la luz?

Una historia de amor, engaños y libertad, donde las barreras entre el deber y el deseo se desdibujan con cada paso.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Una dama inocente

¿Será capaz el **amor** de superar tantas mentiras?

La angustia y la impotencia se apoderan de lady Lynelle Bowman al ver a **su padre acusado de un fraude** que no ha cometido. Para proteger su reputación no le queda más remedio que **contraer matrimonio** con el hombre que su padre considera de total confianza. Sin embargo, no cesará en su empeño de sacar a su progenitor de la cárcel y descubrir al verdadero culpable.

Jefferson Landler está deseando que la fría y calculadora esposa de su padre caiga presa de los engaños que le han llevado a contraer matrimonio con él. Lo que no espera es verse implicado en ellos.

La atracción entre los dos es inesperada, pero ¿podrá Jeff olvidar que Lynelle es la mujer de su padre y ayudarla? ¿Perdonará Lynelle a Jeff todo lo que le oculta? ¿Conseguirán ambos lo que desean sin sacrificar lo que sienten cada vez que se miran?

Encuétrala en este enlace: <https://amzn.to/40efrdo>